

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 17. — N° 305.

SUMARIO.

Las carreras de Argel; grabado. — El asno cojo. — Revista de Paris; grabados. — Dolores. — A una rosa marchita. — Escena gastronómica. — La patria de Cervantes. — Grandes fiestas de Munich; grabado. — La feria de las vanidades. — Los baños de Amelia en los Pirineos Orientales; grabados. — La reina sin nombre. — Revista de la moda. — El día de Difuntos; grabado.

Las carreras de Argel.

El viajero que se aproxima á Argel descubre primeramente un golfo azulado graciosamente recortado y en el fondo un cinturón de colinas cuyas dos puntas desembocan en el mar. Argel está sobre el promontorio de la derecha. Desplegado sobre la costa como un abanico presenta de lejos el aspecto risueño de sus casas

blancas en gradería, contrastando por las líneas rectas de sus terrados con las ondulaciones de las cuevas verdes que se perfilan en el horizonte y brillan á los hermosos rayos del sol africano.

Hacia el fondo del golfo entre la playa y el anfiteatro de colinas se extiende un terreno liso y horizontal muy propio para las carreras que tienen lugar allí hace algunos años.

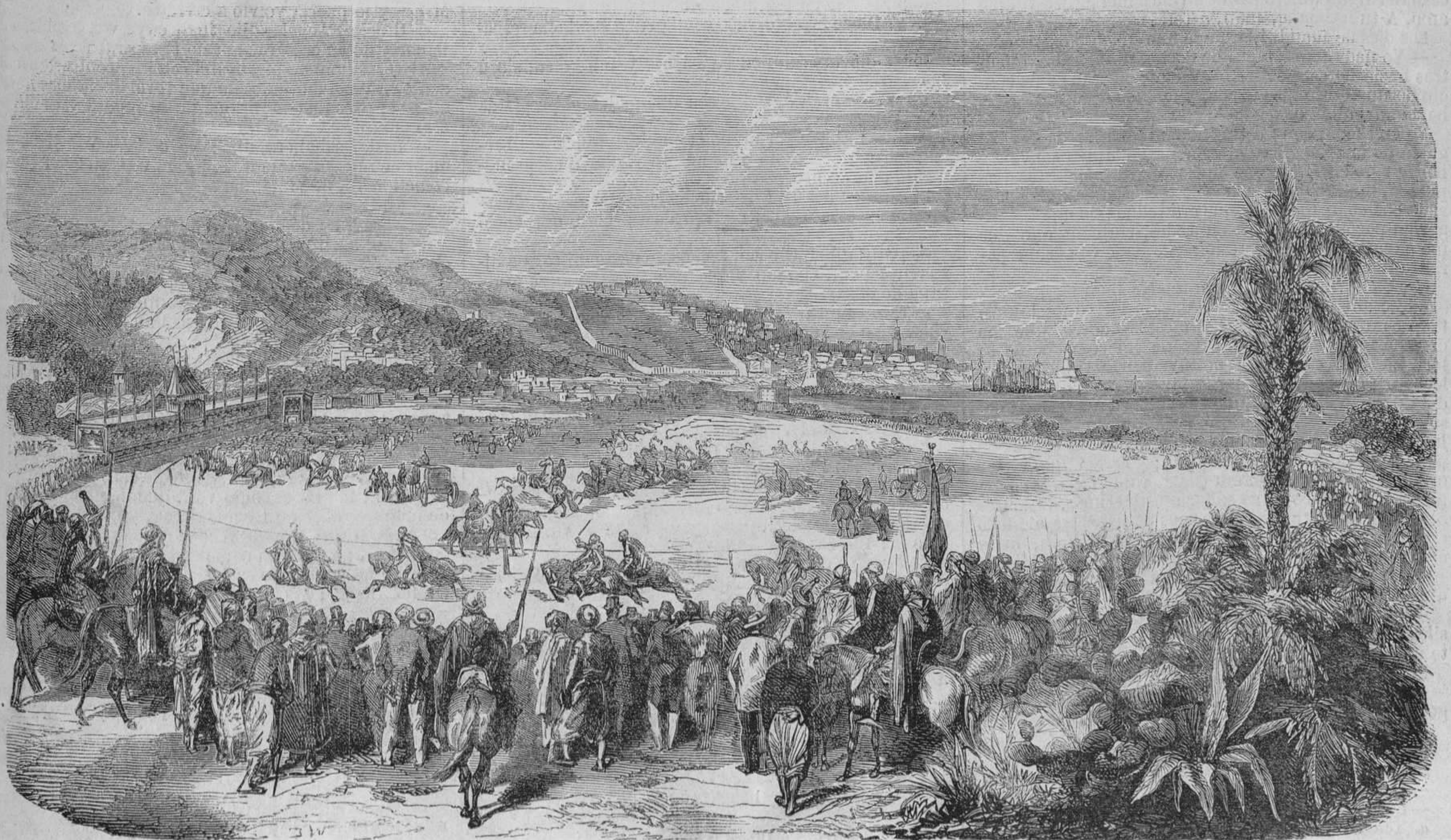
Estas carreras son muy concurridas. Tres dias antes los caminos están cubiertos de grupos de 400 á 500 ginetes que llaman *goums*, guiados por los jefes indígenas. Con sus banderolas flotantes, sus caballos cubiertos de paños de seda y sus largas escopetas, presentan el aspecto mas original. A su llegada plantan sus tiendas en las alturas, y esperan el momento del concurso.

El programa es igual todos los años; el primer dia es para los corredores europeos en caballos indígenas, domados á la europea; luego los agás y los caids luchan entre sí, en sus propios caballos. El segundo dia es para los jefes de importancia secundaria, y el último corren los caballos vencedores á ganar un premio de 5,000

francos. La pista es de 1,500 metros; la carrera mas veloz este año ha sido de 1 minuto 53 segundos; se ha ganado 1 minuto sobre el año último. Los árabes no han comprendido aun la influencia del peso que lleva el caballo, y así es que los niños de diez á doce años ganan con frecuencia.

Despues se ve el espectáculo de una fantasia general. Esta representacion exacta de una carga de caballería árabe tiene un sello de originalidad muy marcado. Figúrese el lector muchos grupos de centenares de ginetes marchando en orden y dispersándose de repente á la señal de sus jefes, echando sus caballos al galope contra un enemigo imaginario, arrojando por el aire sus escopetas y lanzando gritos agudos; parece que se ven brotar ginetes de la tierra, de tal modo multiplica su número su velocidad y el capricho de sus movimientos.

Este año se hizo mas interesante la escena por una carga de los cazadores de Africa, que demostraron que aun en las fiestas el orden es superior al desorden mas brillante.



LAS CARRERAS DE ARGEL.

El tiempo claro, aunque algo caloroso, favoreció las carreras. La muchedumbre compuesta de tantas razas con trajes tan diversos presentaba ya por sí un espectáculo interesante perfectamente representado por M. Girardin, autor del dibujo que acompaña.

EL ASNO COJO

NOVELA ORIGINAL

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Conclusion.)

— Tú no me comprendes, alma vulgar. Tú no sabes lo que es ver un anfiteatro henchido de espectadores que escuchan con una religiosa atención los versos divinos y sonoros del poeta que canta el cómico en el proscenio; no sabes lo que es ver ondular esa multitud arrastrada por el interés y las tremendas situaciones de la tragedia, levantarse y lanzar un millón de palmadas y otro millón de entusiastas ¡bravos! Tú no sabes, en fin, lo que es el alma divina, miserable mortal animado por un fuego fatuo é indeciso al que te atreves á llamar espíritu.

Evidentemente Diego hablaba de memoria.

Juan casi no le escuchaba.

— Pero en fin, dijo el joven ex-cazador del Rey, ¿qué sacamos en limpio con tanta palabrería? ¿eres rico?

— ¡Rico! ¡Cervantes murió asesinado por su siglo! ¡El Tasso murió loco! Yo, que no soy ni Cervantes ni el Tasso, soy mas desdichado que ellos. ¡Mira!

Y Diego, con un ademán altamente trágico, sacó de debajo de su sutil manteo una caja de carton que puso obre la mesa.

Juan temió que aquella caja fuese la de Pandora.

— Mira, repitió Diego, y sacó de la caja un manuscrito sobre el cual, con la expresión del mas profundo dolor, colocó algunas astillas de enebro y una navaja de media cuchilla.

— Y bien; ¿qué significa esto?

— Esto es un sarcasmo viviente, un apóstrofe, una historia.

Esta que ves, tragedia desdichada,
Por mí entre sueños de ambición escrita,
Con mondadientes yace deshonrada.

— ¡Diego! ¡Diego, por Dios! ¡estás loco! Vamos, cálmate, que para algo mas importante te envía la Providencia junto á mí.

— ¡Mas importante que mi desesperacion y mis lágrimas! ¡Ay! ¡Si tú comprendieses lo que sufre tu amigo, tu hermano Diego!

El joven habia dejado su tono declamatorio, y sus palabras rebosaban impregnadas de dolor de su corazón.

— Yo he escrito, porque escriben todos, Juan, continuó con desaliento; he escrito para vivir; es decir, pensando en vivir: con mi talento he escrito, porque necesitaba algun dinero para unirme á una mujer á quien amo. A tu hermana, Juan, á Teresa.

Los ojos de Juan brillaron de una manera extraña.

— Yo nada tenia; aquí, de noche, junto á ella, mientras hacia flores, yo escribia versos; cuando habia concluido una escena, se la leia, y ella la encontraba arrebatadora, sublime.

Yo creí tener con mi tragedia un tesoro, y la llevé al galán de la compañía del Príncipe, á quien convidé á beber vino en la taberna de Majaderitos. Mientras empujaba, me dijo que era una cosa excelente, que la leeria á sus compañeros, y que era indudable que me pagarían por ella doscientos ducados, sin contar lo que me ganaria con la impresion. Alentado con esta esperanza me declaré á tu hermana...

— ¿Y ella?... preguntó con interés Juan.

— Me amaba ya. Desde entonces trabajamos juntos. Pero pasaron seis meses. Los escasos ahorros que me dejaron mis padres concluyeron; mi comedia no se leia. Llegó un dia en que no tuve pan, y si alcancé un lecho para dormir á su abrigo, fué merced á la caridad del tío Pedro el Ciego. Muchas veces, cuando volvía desesperado, encontraba junto á esa mesa á Teresa, velando y triste; siempre habia al menos un pedazo de pan: «eso es para tí,» me decia; yo creia que el ser orgulloso con un ángel era cometer una falta, y comia mi pan mojado con mis silenciosas lágrimas. Entonces pensé en trabajar; pero despues de haberme afanado en vano por encontrar una profesion honrosa, heme aquí empleado en fabricar mondadientes, pobre, desesperado, adquiriendo apenas para un pedazo de pan duro y una sardina.

— Pues bien, dijo Juan despues de un momento de silencio, olvida eso y piensa en el porvenir; si Teresa te ama, os casareis al momento.

Diego dió un salto de alegría.

— Pero antes es menester que me ayudes en un negocio delicado.

— ¿Y cómo si te ayudaré! ¿de qué se trata?

— Siéntate y busca papel.

Diego se sentó y sacó papel del cajón.

— Escribe.

— Escribe.

«Excmo. Señor. — Se atenta contra vuestra vida, contra el rey y contra el Estado; remito á V. E. las pruebas de mi dicho. Importa que esta noche venga

V. E. con fuerza armada, que debe recatarse, á la guardilla de la casa número 120 de la calle de Atocha.

» Por los adjuntos documentos se enterará V. E. que quien le escribe es hijo de vuestro amigo el conde de Campo Rojo.»

Diego, aunque con continuas interrupciones y frecuentes observaciones, escribió la comunicacion que le dictó Juan. Este firmó. Incluyó los papeles que arrancó á Pedrillo, cerró, y puso la direccion: «Al conde de Campomanes, fiscal del Consejo de Castilla.»

Despues hizo escribir á Diego una carta para Angela. Estaba concebida en estos términos:

«Querida Angela: Al salir huyendo de tu tío por las guardillas, he caído, y estoy cerca de la muerte; antes de morir quiero tener el consuelo de verte por la última vez. Te espero en la guardilla de la casa número 120 de la calle de Atocha, que es la misma en cuyo cuarto principal vives, á las once y media de la noche, hora en que podrás verme sin testigos. Tu desgraciado amante, — JUAN.»

Puesta la direccion á esta carta, Diego se encargó de llevarla, como la otra, á su destino, y salió.

CAPITULO VI.

TERESA:

Quedó Juan entregado á cien opuestas sensaciones; se encontraba trastornado; iba, venia, meditaba, y tenia miedo del resultado de aquella intriga.

Media hora despues de haber salido Diego, Hamaron á la puerta, y entró una joven. Su traje era el de las costureras y modistas de entonces; pero la joven que presentamos á nuestros lectores no era de expresion resuelta y picaresea, como en general aparecen las grisetas de hoy; era, por el contrario, la imagen del candor y la pureza, encerrada en una basquina, un pañolón de abrigo y una modesta mantilla.

Juan sintió latir su corazón violentamente al reconocerla, porque era su hermana. Teresa dió un grito al reconocer á su hermano, y le cubrió de besos y de lágrimas.

En aquel momento llamaron estrepitosamente á la puerta y se oyó la alegre voz de Diego que gritaba:

— ¡Eh! ¡cuidado! ¡no apretar tanto! ¡pesa á la fraternidad! ¡abrid pronto ó me entro por el ventanillo! Y Diego asomaba sus narices por el que estaba abierto en la puerta. Juan le abrió.

— Las cartas están entregadas ambas en mano propia, y heme aquí.

— Pues bien, dijo Juan; sentaos y escuchadme.

Teresa, impresionada por el acento grave de su hermano, se sentó no sin preparar su labor junto á la luz.

— No se trata ahora de trabajar, Teresa. Quiero que me contestes á lo que voy á preguntarte. ¿Amas á Diego?

La joven se puso encarnada como una guinda, y lanzó una mirada de reconvenion á Diego.

— ¿Que si me ama? dijo este; ¡cierto es que sí! ¿no es verdad, Teresa? Se sonrie, ya lo ves.

— Sí, le amo, dijo tímidamente la joven.

— ¿Y Diego ha observado contigo una conducta respetuosa?

Diego dió un salto en su asiento y miró ofendido á Juan.

Teresa se levantó, y dijo con una majestad propia de una reina:

— Si se hubiese permitido la mas insignificante libertad, hermano mio, no hubiéramos vivido un solo momento mas en una misma casa.

El cazador del Rey sonrió melancólicamente, desabrochó su casaca y se despojó de un cinto que vació sobre la mesa.

— ¡Oro! dijo Diego con un acento de asombro que hizo reír á Juan, cuando vió relucir sobre la mesa multitud de onzas.

— Esto es un regalo de mi capitán á quien salvé la vida, y yo os lo doy; casaos. Aquí hay doscientas onzas. Con este dinero y algun cálculo podeis asegurar vuestro porvenir.

— Pero y tú... ¿dónde vas á ir, hermano?

— ¡Yo! ¡quién sabe! dijo Juan. Mira, Diego, es preciso, indispensable, que yo quede aquí solo.

Diego hizo una señal de inteligencia.

— Es preciso que Teresa vaya á pasar la noche...

— ¡Casa de su maestra!... esto es, dijo Diego. Es preciso, señora Teresa, añadió dirigiéndose á la joven con cierto aire de misterio; con que así sígame Vd. de grado ó por fuerza.

— Pues yo digo que no salgo de aquí sin saber si...

— Teresa, es preciso, dijo Juan. Llévate ese dinero, hermana mia, y mañana...

— Pero...

— Mañana iré yo á recogerlo.

Teresa se dejó echar el oro en el bolsillo, mientras miraba á su hermano con las lágrimas en los ojos.

Entonces dieron las once en el reló de Santo Tomás.

CAPITULO VII.

DESENLAJE.

Juan acompañó á Diego y á su hermana hasta la bajada de la escalera, y se volvió pensativo á la guardilla. Estaba solo consigo mismo; tenia en sus manos los

hilos de una trama tenebrosa casi incomprensible para él, y sentia miedo por el resultado.

Solo quedaba una hora para que se decidiera su suerte. Esperó, ó por mejor decir, sufríó impaciente el para él lento paso del tiempo; sentiase con calentura; cada momento que trascurría le desaminaba mas y mas.

Al fin dieron en el mismo reló de Santo Tomás las once y media; luego en el del Buen Suceso; despues, perdidas al lejos en el del Palacio real y en el de la Villa.

El aguacero habia crecido; algunos fugitivos relámpagos bañaban de una luz fria las rendijas del tragaluz de la guardilla, fuertes ráfagas de un silbador viento del Norte pasaban zumbando entre las chimeneas y bajaban en espiral hasta desparramar las cenizas del hogar.

Juan atento, aplicaba su oido esperando escuchar, en medio de las mil entonaciones de la tormenta, el rumor de los pasos de alguien que se dirigiese á la guardilla.

Avanzó el tiempo, y el viento trajo hasta él las distantes vibraciones de los relojes de Madrid, que marcaron las once y tres cuartos.

Juan se dejó caer sobre el arcon, dentro del cual gemia Pedrillo, que al sentir cerca de sí al joven, se atrevió á barbotar algunas frases.

— Juan, querido Juan, dijo con una voz quejumbrosa; sácame de aquí, y yo te ayudaré á salir del apurado lance en que te has metido.

El joven no le oyó.

— Juan, insistió el asesino, estoy casi sofocado, los garbanzos se me meten en la carne, y el olor del tocino descompone mi estómago. Esta es un calabozo que podria ser muy bueno para un perro, pero en el cual un hombre está terriblemente incómodo.

A pesar del estilo chocarrero de Pedrillo, Juan, aunque esta vez le oyó, permaneció impassible.

El encerrado por tercera vez volvió á la carga en una entonacion mas alta y desesperada.

— Juan, gritó, los que esperas no vendrán, porque tú no sabias los verdaderos medios para traerlos á tí; solo has logrado perderte perdiéndonos; abre, y yo me encargo del negocio.

Juan desesperaba ya de la Providencia, y por esta vez contestó á Pedrillo:

— ¿Y de qué modo te compondrás?

— Abreme, iremos á presentarnos al conde de Campomanes, y todo se aclarará; yo solo puedo desenlazar este enredo.

Juan se levantó, sacó de su bolsillo la llave del arcon, y ya la iba á poner en la cerradura cuando se oyeron ligeras pisadas en la escalera, luego dieron tímidamente un golpe en la puerta de la guardilla.

Juan guardó de nuevo la llave, y abrió el ventanillo de la puerta.

Sobre el oscuro fondo del pasadizo se destacaron los contornos de dos mujeres envueltas en largas mantillas.

— ¿Es aquí donde vive, dijo una voz trémula y débil, un joven que se llama Juan?

El cazador del Rey conoció, á pesar de lo alterado de su voz á Angela, y abrió.

Entró la joven, y tras de ella el ama de llaves doña María, y la puerta volvió á cerrarse.

— Gracias, Angela, dijo Juan cuya voz temblaba de temor y de amor; gracias; no te esperaba ya.

Al ver á Juan de pié, cuando creia encontrarle agonizante, Angela dió un grito que revelaba la mas franca alegría; pero instantáneamente se repuso y se dirigió á la puerta.

— Basta, caballero, dijo; yo creia á Vd. digno del amor de una joven honrada; pero veo con dolor que ha cometido Vd. una infamia.

— ¡Angela!

— Abra Vd.; déjeme Vd. salir.

— ¡No abriré! ¡Angela! ¡es imposible! ¡Escúchame.

— ¡Ah! ¡No puede Vd.! Ha podido, sí, engañarme, sorprender mi corazón para traerme aquí en medio de la noche, á esta negra y nauseabunda guardilla, digno mechal de un infame. ¡Paso, caballero, paso!

— Negra y nauseabunda guardilla, exclamó Juan; es verdad, señora; ha asustado á Vd. la miseria que filtra de estas paredes ennegrecidas por el humo de la miseria; ¡y ya se ve! la hermosa señorita, la rica joven acostumbrada á sus gabinetes entapizados de seda, se halla mal, muy mal aquí en este recinto miserable; y sin embargo, señora, aquí viven jóvenes tan hermosos como Vd., tan puras como Vd... que tiemblan de frío y de hambre sobre un lecho de paja, y que sin embargo no renegarian del hombre de su amor, ni le echarian en cara su pobreza, ni le llamarian infame.

— Yo he venido á ver un moribundo, dijo con sarcasmo Angela; ¿dónde está?

— ¡Angela! ¡Angela! Espera un momento; van á dar las doce, y todo lo sabrás.

— ¡Misterios! bien; nada comprendo, sino que no debo permanecer aquí ni un solo momento.

— Permanecerás, Angela, porque yo te lo ruego.

La joven se dirigió á la puerta, Juan se interpuso, y apoyó en ella sus espaldas.

Sonaron entonces las doce; el drama tocaba á su desenlace; y la situacion de Juan se hacia cada vez mas difícil.

Angela obstinada en salir se exasperó; la dueña atónita, temblaba y callaba.

— Yo no puedo estar aquí; abrame Vd., gritó Angela llorando, ó pido socorro.

Oyéronse pasos de muchos hombres en la escalera,

Juan miró por el ventanillo, y vió pasar alumbrados por una linterna á un oficial con una veintena de soldados que fueron á agruparse en la oscuridad en el fondo del callejón. La linterna se apagó.

Angela, alentada por el conocimiento de que había fuera quien la socorriese, y creyéndose perdida, gritó mas alto:

— ¡Abrame Vd., déjeme Vd. salir. ¡Socorro! ¡Aquí! ¡Socorro!

Dieron entonces un golpe seco é imperioso á la puerta.

Juan abrió. Un personaje alto, seco, con cabellos blancos, fisonomía severa y uniforme diplomático apareció á la puerta y entró solo.

Angela al verle dió un grito y se amparó de él.

— ¡Señor conde de Campomanes, exclamó, sálveme Vd.!

— ¡Cómo! ¿Acaso es Vd. el que me ha escrito revelándome un crimen, y á quien encuentro ejerciendo el mas horrible de los atentados, la violencia á una jóven?

— Las apariencias me condenan, contestó Juan temblando.

— ¡Apariencias! ¡Basta! Afortunadamente he llegado á tiempo.

Y el conde se dirigió á la puerta en ademán de llamar á la escolta que lo había acompañado.

— Señor: en nombre de mi padre, exclamó Juan, asiendo un brazo del conde; escúcheme V. E.

El conde se deshizo de él bruscamente y avanzó en la misma dirección; pero en el momento que abrió la puerta, un hombre se precipitó en la guardilla, descompuesto, colérico.

Juan dió un grito de alegría: era don Juan de Haro, que venia á consumir aquella horrible farsa, y se detuvo abarcando de una ojeada las personas que contenía la guardilla.

— ¡Ah! estabas aquí, gritó encarándose á Angela. Aquí, con tu infame seductor! añadió volviéndose á Campomanes; señor conde, es Vd. un infame.

Campomanes solo vió el ultraje; se pudo pálido, y empuñó su espada.

— Sí, dijo don Juan de Haro, satisfecho del giro que tomaba el negocio; pero no aquí; podrían creer que había asesinado al virtuoso y justiciero fiscal del Consejo de Castilla. Salgamos.

— No saldrás, gritó Juan, sino para ir á un calabozo, miserable; asesino sin corazón, ha llegado tu hora.

Y le arrancó la espada, rompiéndola y arrojándola lejos de sí.

— Señor conde de Campomanes, añadió Juan: yo había dicho á V. E. que se conspiraba contra el rey y contra el Estado.

El conspirador está aquí.

Y señaló á don Juan de Haro.

— Le avisé, continuó, de que se atentaba contra la vida de V. E., y el asesino está aquí. Soy huérfano, mis padres han sido asesinados, y el miserable está aquí. Ahora pido justicia.

— ¡Las pruebas!

Juan corrió al arcon, abrió y sacó á Pedrillo que se adelantó temblando.

— ¿Quién es este hombre? le preguntó Juan.

Pedrillo, cogido en el lazo, acusó á don Juan de Haro.

— Ahora bien, señor, continuó Juan dirigiéndose á Campomanes: V. E. tiene en su poder documentos que prueban mi identidad y los crímenes de estos dos hombres.

— Y se hará justicia, dijo gravemente Campomanes. Señora, añadió dirigiéndose á Angela, aterrada por lo que acababa de presenciar; desde esta noche queda Vd. bajo mi tutela. Usted, don Juan, dijo al jóven, será presentado por mí á S. M.

En cuanto á V. E., como segun los documentos que existen en mi poder, resulta reo de asesinato, de usurpación y de rebeldía, le arresto en nombre del rey con su cómplice. ¡Capitan! añadió dirigiéndose á la puerta.

El oficial entró.

— Asegure Vd. estos dos hombres, y condúzcalos Vd. á la cárcel de Corte.

A una señal del oficial los soldados entraron y rodearon á don Juan de Haro y á Pedrillo; entre los soldados se deslizaron dos personajes ya conocidos del lector: Diego y Teresa.

— ¿Qué es esto? dijo Diego, viendo que los soldados conducían á los dos presos; ¿aquí se prende?

— Calla, Diego, le dijo Juan al oído.

— ¿Quién es este jóven? dijo Campomanes á Juan.

— Es el que será esposo de mi hermana, señor, contestó Juan.

— ¡Cómo! ¿Has olvidado, hijo mío, añadió Campomanes tomando una mano de Juan, que mañana serás presentado en la corte como conde de Campo Rojo y grande de España?

— Señor conde, si él hubiera encontrado un tesoro, si le hubiera reconocido por su heredero un rey, se hubiera unido con Teresa.

— No, no, dijo Diego; yo soy un pobre autor de comedias y fabricante de mondachos, y sería una mancha arrojada por una familia ilustre; y se volvió á llorar.

— Todos aquí sois nobles y grandes, hijos míos, exclamó conmovido Campomanes; yo debí haberte conocido, don Juan, porque eres un retrato de tu padre. Ya mos, venid to conmigo; mi coche espera, y no puedo

permitir que permanezcáis aquí en esta miserable guardilla.

— Espere V. E., señor; yo no abandono mi caja, dijo Diego tomando la que contenía la tragedia y los mondachos.

Teresa, en silencio, fué á la pared, despegó de ella la estampa de la Virgen, y la guardó en el pecho.

Después salieron todos: la guardilla quedó abierta y desamparada, y se oyó el ruido de un coche que se alejaba.

EPILOGO.

Algunos días despues fué ahorcado en la plaza Mayor un hombre á quien nadie conocía. Su cómplice, que segun el vulgo era un gran personaje, se había envenenado.

Juan y Angela, Diego y Teresa, se casaron.

Juan bajaba todos los días á sus caballerizas y le echaba por su misma mano el pienso á un asno cojo, que parecia avergonzarse entre los numerosos y magníficos caballos que le rodeaban.

Cuando le preguntaban la causa de tal distinción, contestaba siempre: Amigo mío, si este asno no hubiera sido cojo, y por consecuencia hubiera llegado antes del 31 de marzo del 38 á Madrid, no sería yo lo que soy, ni poseería la mujer más pura y mas bonita de España.

El asno cojo se murió de viejo, y fué enterrado en una de las posesiones del conde.

Sobre su sepulcro, en un sencillo y grotesco cenotafio se veían escritas estas palabras:

«Aquí yace la primera cabalgadura del excelentísimo señor don Juan Mendoza, conde de Campo Rojo y grande de España de primera clase.»

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Revista de Paris.

Todavía nos faltan algunas semanas para encontrarnos en la época en que la crónica parisiense ofrece asuntos interesantes. Cada año se retrasa mas y mas la apertura de los salones; los parisienses pasan en el campo el otoño, y apenas á fines de noviembre comienzan á regresar de esas excursiones prolongadas. Entonces cada cual acude con una colección de aventuras mas ó menos dramáticas, y el que nada nuevo tiene que contar á sus amigos repite las descripciones de paisajes oídas ya cien veces. Unos hablan del mar y de sus olas tumultuosas; otros han recorrido la Italia ó la Suiza con sus montañas gigantes, ó la Saboya con su naturaleza imponente y sus terribles precipicios; pero á decir verdad, los mas elegantes desdeñan la poesia de estas descripciones y se limitan á señalar sus pérdidas ó sus ganancias en el juego en Hamburgo ó en Baden.

El francés generalmente hablando no es aficionado á los viajes; si sale de Paris es porque así lo quiere la moda, y hay muchos que se encierran en una aldea durante algunos meses aborreciendo la vida campestre y privados de todos los gozes de la capital que hacen sus delicias, únicamente porque sería un desdoro mostrarse en Paris desde julio hasta octubre. Las personas de poca fortuna, pero de cierto rango en la sociedad, se hallan reducidas á esta extremidad terrible. Pero eso no impide que al regreso hablen de Nápoles ó de Venecia, de los Alpes ó de los Pirineos, gracias sin duda á las guías de que se proveen para pasar las horas en la soledad á que se condenan. Esta es la clase mas numerosa.

Sin embargo, hay viajeros que en realidad recorren las márgenes del Rin y la Suiza y la Italia, siguiendo el itinerario clásico trazado hace años ya para el «Turista» parisiense. Bajo este concepto sus relaciones de viaje inspiran muy poco interés; rara vez nos cuentan alguna cosa nueva.

Un amigo nuestro que por puro recreo, no por seguir las leyes de la moda, ha pasado este verano recorriendo la Italia, ha descubierto á su regreso por la Saboya el recuerdo de una catástrofe terrible que vamos á señalar brevemente, porque la aventura nos parece muy poco conocida.

El 20 de junio de 1813 la reina Hortensia viajando por la Saboya quiso visitar los golfos de Gressy. Llevaba una numerosa comitiva, y entre el número de las señoras que la acompañaban se contaba la baronesa de Broc, su camarera, persona jóven y muy hermosa á quien ella estimaba particularmente, y que había llegado á ser su amiga íntima.

El día fijado para la excursión todos se pusieron en marcha, y muy luego hubieron de encontrarse en medio de una porción de rocas que cubren horribles precipicios, y que se sostienen unas con otras dejando entre sí quebraduras y grietas sin fondo.

Llegados á un pasaje muy peligroso, uno de los viajeros gritó:

— Señoras, mucho cuidado con escurrirse por las piedras.

— No somos tan torpes, respondió riendo la baronesa de Broc.

No había concluido estas palabras cuando un grito de espanto salió de todas las bocas, pues la jóven acababa de desaparecer, y el ruido de su cuerpo resaca sordamente con su último ¡ay! en el seno de aquellas profundidades impenetrables.

Un largo silencio reinó entre aquellas ilustres personas que con un objeto de curiosidad y de diversion se hallaban reunidas en aquellos lugares.

Todos se arrodillaron religiosamente en torno de aquel sepulcro espantoso donde se habían hundido para siempre tantas

esperanzas y tanta hermosura, y un instante despues regresaban con el corazón penetrado del mas acerbo dolor.

La reina Hortensia mandó levantar en el sitio mismo donde ocurrió esa desgracia un túmulo muy sencillo sobre el cual grabó su cifra rodeada con dos ramas de yedra y la inscripción siguiente:

«Aquí ha perecido la baronesa de Broc, de edad de 25 años, á la vista de su amiga el dia 20 de junio de 1813. — Vosotros los que visitais estos lugares, tened cuidado al andar por estos abismos; pensad en los que os aman.»

¡Cuántas desgracias por el estilo podrían señalarse en esas montañas famosas que causan la admiración del viajero!

Hace algunos días ha circulado en Paris la noticia de la enfermedad, y luego de la muerte de Alejandro Dumas en Moscou; pero si la enfermedad se ha asegurado despues que es cosa cierta, la muerte por fortuna no se ha confirmado; lejos de eso, se ha sabido posteriormente que el célebre novelista francés continúa su viaje por la Rusia acompañado de un dibujante, M. Moinet, que se encargará á su regreso de ilustrar las relaciones de viaje de Alejandro Dumas.

Entre tanto en el último número del *Monte Cristo* hallamos una aventura de caza firmada por Dumas que vamos á traducir á continuación, seguros de complacer con ello á nuestros lectores.

«La caza del oso es para los rusos una pasión, y es la primera cosa que un ruso propone á un extranjero.

En los regimientos llaman á esto tantear al hombre.

Por lo general el extranjero, si es francés, acepta.

Así hizo el conde de Vogué, que hace dos años sostuvo honrosamente el honor del país, y dejó en Rusia un recuerdo de valor que habrá de perpetuarse durante mas de una generación de cazadores.

La cacería tuvo lugar en el territorio del conde Alejo Tolstoi, en el gobierno de Novogorod, y los actores de la escena eran el conde Melchor de Vogué, el conde de Byland, encargado de negocios de Holanda, y el conde Suchtelen, caballero de la corte de Rusia.

Se sabía que había una madre con hijuelos; una fiera de primera categoría.

El oso, como todos los animales, se hace mas feroz cuando además de su vida tiene que defender la de su progenitura.

El conde de Byland hizo la primera herida al oso, que continuó su camino dejando un rastro de sangre sobre la nieve, y fué á parar junto al conde de Vogué. Este le disparó dos balazos que hicieron morder el polvo á la fiera.

El conde de Suchtelen estaba á unos cien pasos de distancia con dos escopetas cargadas, una que tenía él y otra su criado.

Habiendo oído los tres tiros y juzgando que los que los habían disparado se hallaban quizá en un apuro, envió á su criado con una escopeta hacia el lugar en donde se habían oído los tiros.

Con efecto, al distinguir el conde de Vogué al criado con una escopeta, arrojó la suya, tomó la que le enviaban y corrió en persecución del oso.

Seguirle era cosa fácil, pues dejaba en pos de sí un rastro de sangre.

El oso se metía en el monte, y el conde de Vogué seguido de su mugik tomó el mismo camino.

Debilitado por sus tres heridas el oso se había parado.

El conde de Vogué se acercó á cuarenta pasos, apuntó, é hizo fuego.

El oso lanzó un rugido, y en vez de huir se volvió contra el tirador.

El conde le dirigió otro balazo que sin duda no le tocó, y le hizo acelerar su carrera.

No podía esperarle; la escopeta estaba descargada y el conde no tenía otra arma que un yatagan que el conde Byland le había prestado. Echó pues á correr hacia donde creía encontrar á Byland, y el mugik siguió al cazador, pero el oso seguía á los fugitivos con paso mas rápido que el de ellos.

M. de Vogué, jóven y listo llevaba mucha ventaja al aldeano, ruso cuando le pareció oír un grito por detrás; se volvió, y no vió mas que el oso.

El aldeano, próximo á ser cogido, se había hundido en la nieve, con la cabeza entre sus brazos.

El oso se encarnizaba en él, y el aldeano ya no gritaba....

¿Para qué pedir socorro? ¿Qué probabilidad tenía de que un noble, un francés, que nada perdía perdiéndole, expusiera su vida para socorrer á un pobre mugik?

En esto se engañaba.

Justamente porque el conde de Vogué era noble y francés, no quiso dejar sin auxilio á un hombre que moría á su vista; aunque ese hombre fuera un esclavo.

— ¡Oh! no, dijo en voz alta como para darse ánimo si le quedaba alguna incertidumbre, no será así.

Y alzó su yatagan, saltó sobre el oso, y se le metió en el pescuezo hasta la guarnición.

El oso se volvió hacia ese nuevo adversario, y de una patada le tendió á sus pies.

El conde no había soltado el yatagan, y comenzó á pegarle con él en la nariz y en las fauces.

Por fortuna en vez de sofocarle bajo sus patas el oso no hacía mas que morder, en tanto que el conde le daba golpes y mas golpes.

Despues dijo que en esa lucha no veía nada mas que la nariz, los ojos y la boca de la fiera bañados en sangre; pegaba maquinalmente, sin descanso, con desesperación.

¿Duró esta horrible lucha un segundo, un minuto, una hora? Le habría sido imposible asegurarlo.

De repente oyó que le llamaban, y reconoció la voz del conde de Byland.

— ¡Socorro, Byland! gritó; ¡socorro!

El conde de Byland llegó á la distancia de diez pasos, metido en la nieve hasta la cintura.

De repente M. de Vogué oyó un tiro, y se le figuró que una montaña se desplomaba sobre él; pero siguió pegando.

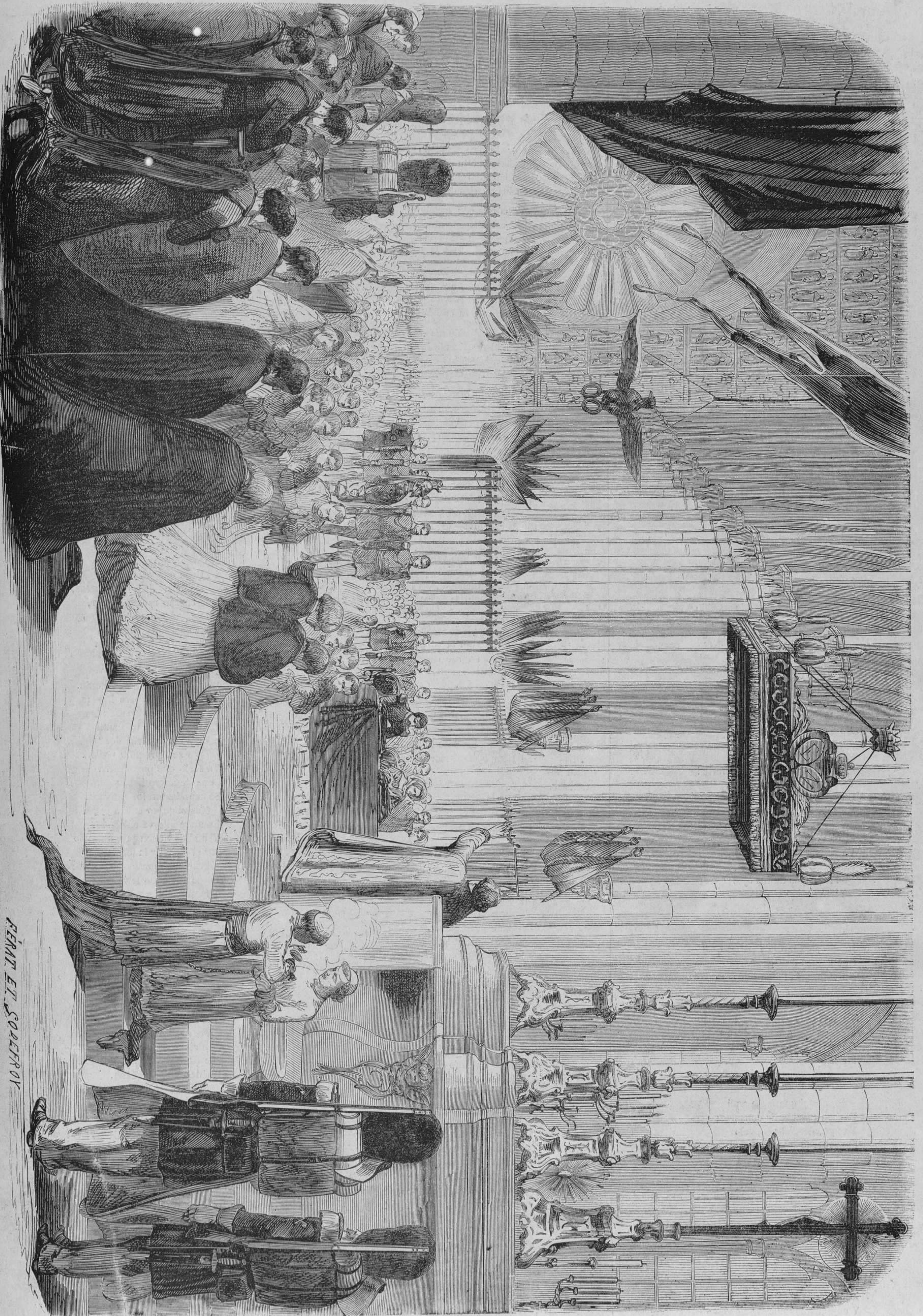
Al cabo de un instante sintió que le cogian por el cuerpo y le



EL CAMPO DE CHALONS. — ALTO DE S. M. EL EMPERADOR DURANTE LAS GRANDES MANIOBRAS.

J. Landry

CHALONS



VIAJE DE SS. MM. A REIMS. — RECEPCION DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ EN LA CATEDRAL.

FÉRAT ET. SOUVERAY

sacaban al aire: eran el conde Byland y el conde de Suchtelen que le desembarazaban de su oso.

En cuanto al mugik no se había movido mas que el animal, que estaba muerto, aun cuando él se hallaba sano y salvo.

Le sacaron de la nieve y le pusieron en pié.

Al ver al conde de Vogué, á quien debía la vida, se arrojó al suelo y le besaba los piés y le llamaba su padre.

Por la noche al volver á casa el conde de Vogué quiso devolver á M. de Byland el yatagan que le había prestado; pero este se negó á tomarle. M. de Vogué le entregó una moneda rusa de veinte kopeks para conjurar la creencia rusa de que un amigo no debe dar gratis á otro amigo un arma afilada.

M. de Byland mandó incrustar la moneda de veinte kopeks en la culata de su escopeta, y el padre de M. de Vogué encargó á Biard un cuadro de la escena y un retrato del conde de Byland.»

— Apenas nos queda espacio para dar algunas explicaciones sobre las dos láminas que se ven en las dos páginas precedentes.—El primero de los dibujos representa al emperador acompañado del mariscal Caurobert en el campo de Chalons, rodeado de un círculo inmenso de soldados de todas armas á quienes S. M. dirige palabras benévolas. Cinco horas antes de la escena que reproducimos las tropas habían estado ejecutando á la vista del emperador los variados movimientos de las grandes batallas, y el emperador manifestó repetidas veces su satisfacción sobre el conjunto de las operaciones del simulacro.

El 10 S. M. dejó el campo de Chalons, y el día siguiente llegó con la emperatriz á Reims, donde se habían hecho grandes preparativos para la recepción de SS. MM. El espectáculo que presentaba la catedral, adornada toda con tapicerías antiguas, era magnífico. El arzobispo de Reims y todo su clero desplegaron para recibir á SS. MM. los espléndidos ornatos de la consagración. El canto del *Te Deum* resonó bajo las bóvedas de la basílica, entonado por el arzobispo de Reims y todo su clero. SS. MM. se arrodillaron con recogimiento y recibieron la bendición del arzobispo.

Esta ceremonia religiosa celebrada en una de las iglesias mas célebres del orbe católico, se ve representada en nuestra lámina con la mas rigurosa exactitud.

MARLANO URRABIETA.

DOLORA.

A LUZ.

I.

¡Ay! que el astro adormecido
Que alumbra tímido el suelo,
No calma el triste desvelo
En que me encuentro sumido;
Que el amor
En medio de sus enojos
Dice en amarga razon,
Con dolor,
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

II.

¡El que sufre halla la muerte!
Y yo, mortal sin consuelo,
En vano demando al cielo
Me deje sin vida, inerte;
Pues andando
El alma siempre entre abrojos,
Va siempre con triste son
Suspirando,
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

III.

En piélago de amargura
Hundo en vano mis ardores,
Que llantos desgarradores
No extinguen llama tan pura
Y ¡ay! en coro
Lira y labio por despojos
Vanle dando al aquilon:
«Yo te adoro»
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

IV.

El mortal que sufre aquí
Encuentra en la Fe consuelo;
Mas yo, desdichado, velo
Sin saber lo que es de mí.
Si esta vida
Pende de tus labios rojos,
Recuerda por compasion,
Luz querida,
Que los rayos de tus ojos
Me han herido el corazon.

V.

Amame cual yo te adoro,
Y entre placeres y amores
Ahoguemos nuestros dolores
Y enjugemos nuestro lloro. —

Ven, mi amor,
Y esclavo de tus antojos
Diré de mi lira al son,
Sin dolor,
Que los rayos de tus ojos
Hirieron mi corazon.

A una rosa marchita.

Por el céfiro arrullado
Mirabas ayer tu pétalo
Para encantarnos vestido
Con los ropajes del cielo.

Tu córola con orgullo
Alzabas al firmamento,
Adornada con las perlas
Que dió la noche á tu seno.

Y ostentabas á los ojos
Que los dolores huyendo
Fijábanse en tus encantos
Las galas de tu embeleso;

Que el color de sus celajes
Te dió el crepúsculo bello,
Y arrebataste á los dioses
El perfume de su incienso.

Por eso tu olor buscaba
La brisa suave corriendo,
Brindándote sus caricias
En éxtasis placentero.

Y tú, de su amor ufana,
Te prestabas á sus besos
Como niña enamorada
Que ya no resiste á ellos.

Y á su arrullo te entregaste
Sin ver en tu loco anhelo,
Que eran sus caricias dardos,
Y eran sus ósculos fuego.

Y hoy es en vano que llores
Tu pasado devaneó,
Si te disputan las flores
De los jardines el cetro;

Que ya tus hojas marchitas
Yacen rotas por el suelo,
Ludibrio del verde campo
Y juguete de los vientos.

Así la humana hermosura
Con su poder engreida,
Al soplo de su ventura
Se encuentra súbito hundida
Del tiempo en la mar oscura.

JULIO CALCAÑO.

Caracas. — 1857.

Escena gastronómica

En Ronda donde resido,
Mora don Diego de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava dél que has oido.

Tenia este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de comer junto,
Y el vino y tazas á punto:
Pues comiéndose la fiesta.

Revana pan, bueno está:
La ensaladilla es del cielo;
¿Y el salpicon y el ajuelo
No miras qué tufo da?

Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Solo una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.

Echa vino y por tu vida
Que le des tu bendicion:
Yo tengo por devocion
De santignar la bebida.

Bueno fué, Inés, ese toque,
Franco fué, ¿mas yo qué hago?
Vale un florin cada trago
De aqueste vinillo aloque.

La taberna de la esquina
Le suele á veces vender:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;

Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llevo sediento,
Bido viuo de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págoelo y me voy contento.
Echa otra vez, serán dos,
Ya que la cosa va rota:

¿Quién de él tuviera una bota
Para mas servir á Dios!
La ensalada y salpicon
Hizo fin. ¿Quién viene agora?
La morcilla: ¡oh gran señora,
Digna de veneracion!

¿Qué oronda sale y qué bella!
¿Qué bizarro garvo tiene!
Yo sospecho, Inés, que viene
Para que demos en ella.

Pues sús, encójase y entre,
Que sale angosto el camino:
No echas agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.

Ande aprisa el tras añejo,
Porque con mas gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sábia, el buen consejo.

¿Mas dí, no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¿Cómo la traidora pica!
Tal debe de estar de especias.

¿Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.

Vive Dios que se podia
Poner al lado del rey;
Al fin puerco á toda ley,
Que hinche tripa vacía.

Probemos lo del Pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.

¿Qué suavidad, qué clareza,
Qué cuerpo rancio, y olor,
Qué paladar, qué color,
Todo con tanta fineza!

El corazon me revienta
De placer, y á ti te veo
Muerta de risa; yo creo
Que debes de estar contenta.

Alegre estoy, vive Dios:
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles.
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.

Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el Pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
Lo de Pinto no le iguala;
Y la aceituna no es mala;
Bien puede bogar su remo.

Pues haz, Inés, lo que sueles,
Dame de la bota llena:
Bebamos. Hecha es la cena;
Levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo.
Las once dan: yo me duermo:
Quédese para mañana.

BALTASAR DEL ALCAZAR.

La patria de Cervantes.

Algunos periódicos en estos últimos días se han entretenido en debatir, aunque ligeramente, acerca del pueblo de España en que nació el ilustre autor de *Don Quijote*. Cuestión es la de la patria de Cervantes sobre la cual ha habido muchas y diversas opiniones, y nos creemos en el caso de emitir la nuestra, que por los datos que la robustecen nos parece la mas exacta.

Tomás Tamayo de Vargas y don Nicolás Antonio, á pesar de haber vivido ambos en el mismo siglo en que murió Cervantes, ignoraron la patria de este. El primero le hace natural de Esquivias (provincia de Toledo), en donde Cervantes casó con doña Catalina Palacios de Salazar, circunstancia que ignoraba Tamayo. El segundo se inclina á creer que Cervantes fué natural ú oriun-

do de Sevilla; algunos han intentado hacerle natural de Madrid y otros de Lucena. El primero que con solidez escribió sobre la patria de Cervantes, fué el erudito padre maestro Sarmiento, sien por último don Agustín Montiano el que, después de varias diligencias, encontró en Alcalá de Henares la fe de bautismo siguiente:

«Yo el doctor don Hermenegildo la Puerta, canónigo de la santa iglesia magistral de San Justo y Pastor en esta ciudad de Alcalá, y cura párroco de la parroquia de Santa María la Mayor de ella, certifico: que en uno de los libros de partidas de bautismos de la referida parroquia, que dió principio en el año de 1533, y concluyó en el de 1550, al fol. 192 vuelta, hay una partida del tenor siguiente: — Part. Ja. — En domingo, 9 días del mes de octubre, año del Señor de 1547 años, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes y su mujer doña Leonor: fué su compadre Juan Pardo: bautizóle el reverendo señor bachiller Serrano, cura de Nuestra Señora: testigo, Baltasar Vazquez Sacristan, y yo que le bautizé y firmé de mi nombre. — Bachiller Serrano. — Concuerda con su original, que queda en el archivo de esta iglesia y en mi poder, á que me remito, y por la verdad lo firmé en Alcalá en 10 días del mes de junio de 1765. — Doctor don Hermenegildo la Puerta. — Montiano, discurso 2 sobre las Tragedias españolas, página 10.»

A pesar de este descubrimiento, jamás estuvo tan indecisa la patria de Cervantes como entonces, porque á poco tiempo se encontró en Alcázar de San Juan otra fe de bautismo, cuyo contenido es el siguiente:

«Certifico yo don Pedro de Córdoba, teniente cura prior de la iglesia parroquial y mayor de Santa María de esta villa de Alcázar de San Juan, que en uno de los libros de bautismo de dicha iglesia, que principió en 10 días del mes de setiembre de 1506, y finalizó en 18 de febrero de 1635, al folio 20 hay una partida del tenor siguiente: — Partida. — En 9 días del mes de noviembre de 1538, bautizó el licenciado señor don Alfonso Diaz Pajares, un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina Lopez, que le puso por nombre Miguel: fué su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañados Juan de Quirós y Francisco Almendres, y sus mujeres de los dichos. — El licenciado Alonso Diaz. — A el margen de dicha partida se halla escrito por nota lo siguiente: — Este fué el autor de la *Historia de Don Quijote*. Concuerda con su original, á que me remito, y para que conste y tenga los efectos que haya lugar en derecho, doy la presente en esta villa de Alcázar de San Juan, en 28 días del mes de agosto de 1765. — Don Pedro de Córdoba. — Certificación. — Nos los infrascriptos notarios públicos y apostólicos, que abajo firmaremos y signaremos, de esta villa de Alcázar de San Juan, y vecinos de ella, certificamos y damos fe, que don Pedro de Córdoba, por quien va dada y firmada la certificación precedente, es tal teniente de cura prior de la iglesia parroquial de Santa María de esta dicha villa, segun y como se titula, y la firma la que acostumbra poner en sus escritos, á los que siempre se les ha dado entera fe y crédito en juicio y fuera de él; y para que conste donde convenga, damos la presente, que signamos y firmamos en dicha villa de Alcázar á 21 de setiembre de 1765. — Vicente Diaz Maroto. — Vicente Gimenez Avendaño. — Juan Martin Espadero.»

Oigamos ahora lo que dice la real Academia española en las pruebas y documento que justifican la vida de Cervantes, que publicó con la obra del *Quijote* en 1787, dice así:

«Las dos partidas de bautismo referidas excluyen el derecho de cualquiera otra ciudad ó lugar de España, que no presente iguales documentos, y limitan la disputa al Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares, entre los cuales es forzoso decidir, afirmando, que el ilustre escritor Miguel de Cervantes Saavedra, nació en Alcalá de Henares á 9 de octubre del año de 1547, y fué hijo de Rodrigo Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, su mujer.»

La cronología es en la historia lo que el álgebra en la geometría: es la luz que descubre la verdad entre la confusión de los tiempos, y el hilo de oro para desenredarse de su laberinto, como sucede en la cuestion presente.

El verdadero autor del *Quijote*, el famoso Cervantes, asistió en calidad de soldado raso á la batalla naval que se dió en el golfo de Lepanto dia 7 de octubre del año de 1571, y tuvo parte en aquella victoria, á que concurrió con valor propio, con pecho airado, y poseído de la gloria militar, como él mismo confiesa en varios lugares de sus obras. Testimonio evidente de que el legítimo Cervantes es el de Alcalá de Henares, el cual en aquella sazón tenía ya veinte y tres años, cuando de la Mancha no habia cumplido aun trece. Edad enteramente incompatible con el uso de las armas, con la admision en el servicio, y lo que es mas, con el ánimo y valor que Cervantes manifestó en aquella accion, en que se expuso tanto, que fué herido de un arcabuzazo, de cuya resulta perdió la mano izquierda.

En el prólogo de las novelas, en el cual Cervantes asegura este hecho, afirma tambien, que cuando escribió dicho prólogo tenía cumplidos sesenta y cuatro años. «*Mi edad, dice, no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años, gano por merecer mas y por la mano.*» Las doce novelas, al frente de las cuales se estampó el mencionado prólogo, salieron á luz por la primera vez en Madrid el año 1613, impresas por Juan de la Cuesta. Si se coteja esta fecha, constante é indubitable, con la de las partidas de bautismo, se verá con evidencia que confirma lo mismo

que el anterior cómputo. La edad que tenía entonces el Cervantes de la Mancha eran precisamente cincuenta y cinco años; el verdadero Cervantes, autor de dicho prólogo, afirma y asegura que pasaba ya de esta edad, y que la excedía por nueve años mas y por la mano; con que viene á declararnos él mismo que no habia nacido en Alcázar de San Juan.

El referido cálculo cuadra perfectamente con la edad del Cervantes de Alcalá, que habiendo publicado su obra el año de 1613, era preciso la tuviere concluida en el de 1612, en que contaba justamente sesenta y cuatro años y algunos meses. Y aunque en la vida de este autor ya mencionada é impresa en Londres, se asegura que Cervantes escribió el expresado prólogo á 14 de julio del año de 1613, es una asercion que no tiene el mas mínimo fundamento.

Cervantes escribió su prólogo sin data alguna, como es regular, y puso en la carta dedicatoria al conde de Lemos la fecha de 14 de julio de 1613. El autor de su vida trasladó voluntariamente esta fecha de la dedicatoria al prólogo, para poder señalar así alguna época al nacimiento de Cervantes; pero todos saben que los prólogos son obras independientes de las dedicatorias, que no tienen relacion ni enlace con ellas, y que no solo no es preciso que se escriban ambas en un mismo dia, sino que antes bien es regular ser la carta dedicatoria la última en el orden de la composicion. Así, mientras no se alegue un fundamento positivo para autorizar la supuesta fecha del mencionado prólogo, se debe creer que Cervantes le escribió antes de la dedicatoria y en tiempo que tenía sesenta y cuatro años y algunos meses, conforme á la data de su nacimiento en Alcalá de Henares.

Los dos cómputos cronológicos que acabamos de referir se esfuerzan y confirman con el testimonio de Rodrigo Mendez de Silva y del P. Haedo, autores fidedignos y contemporáneos de nuestro escritor. El primero asegura que Miguel de Cervantes era noble y caballero castellano, y el segundo dice, con mas individualidad, que fué un hidalgo principal de Alcalá de Henares.

La autoridad de Rodrigo Mendez no es otra cosa que una confirmacion de lo que afirma el P. Haedo, á quien enteramente sigue. Este historiador formó los diálogos, que imprimió á continuacion de su topografía de Argel sobre la relacion de los cautivos cristianos, que se nombran en ellos, y fueron testigos oculares de los mismos hechos referidos. Los expresados diálogos estaban concluidos desde el año de 1604, y se publicaron en 1612, cuatro años antes de la muerte de Cervantes: por consiguiente el testimonio del P. Haedo está autorizado por el tácito consentimiento del mismo Cervantes, y por la uniforme deposicion de muchos sugetos que le conocieron durante su cautiverio en Argel.

Ni se puede dudar que el Cervantes de quien hace mencion este historiador sea el mismo autor de Don Quijote, porque lo están publicando las señas individuales que refiere de su cautiverio, de los hechos que durante él intentó, de las repetidas ocasiones en que estuvo á pique de perder la vida á manos de su amo, y sobre todo de manquedad, y del nombre de su último dueño Azanaga, ó Azan baja, rey de Argel; caracteres del todo unívocos con los del famoso Cervantes, y confirmados por él mismo en sus obras, singularmente en la novela del Cautivo que insertó al fin de la primera parte del *Quijote*.

Esta última observacion hecha sobre el contexto del padre Haedo dió motivo á una reflexion, que no habia ocurrido á ninguno de cuantos habian escrito sobre la patria de Cervantes, y de ella resultó la pesquisa y hallazgo del documento mas positivo y decisivo en la presente materia.

Reflexionando el autor de estas pruebas que los documentos pertenecientes al rescate de Cervantes era regular se encontrasen en el archivo de la redencion general, y conociendo que su hallazgo decidiria la duda y comprobria la identidad del Cervantes del P. Haedo con el autor del *Quijote*, pidió al Ilmo. señor obispo de Segorbe (entonces redentor general) hiciese registrar el expresado archivo desde el año de 1578 hasta el de 1580, y en él se encontraron efectivamente dos partidas correspondientes al rescate de Cervantes; una de limosna recibida en Madrid, fecha en la misma villa á 31 de julio de 1579, y otra de rescate dada en Argel á 19 de setiembre de 1580. Por ambas consta que Miguel de Cervantes era de Alcalá de Henares, hijo de Rodrigo Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, vecino de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, y cautivo en Argel cinco años, primero de Ali Mami ó Arnante-Mami, capitán de los bajeles de la armada argelina, y después del rey Azan-baja; circunstancias todas tan evidentes, tan menudas y tan conformes con las del autor del *Quijote*, con la relacion del P. Haedo y con la fe de bautismo de Alcalá, que dejan decidido el problema y demostrada la patria de este grande hombre.

Copia fiel y á la letra de dos partidas contenidas en el libro intitulado «Libro de redencion de cautivos de Argel, recibo y empleo que hicieron los M. R. PP. fray Juan Gil, procurador general de la orden de la Santísima Trinidad, y fray Antonio de la Vella, ministro del monasterio de la dicha orden de la ciudad de Baeza, el año de 1579.» Nórase que la primera partida se halla entre las de recibo, y de que se hicieron cargo los redentores de Madrid antes de salir á la redencion, y la segunda entre las de gasto ó descargo del dinero empleado en Argel en la redencion. — Primera partida. — Después de lo susodicho, en la dicha villa de Madrid á 31 días del mes de julio del dicho año de 1579, en presen-

cia de mí el notario y testigos de yuso escritos, recibieron los dichos padres fray Juan Gil y fray Antonio de la Vella, 300 ducados de á once reales cada un ducado, que suman 112.000,500 maravedís, los 250 ducados de mano de doña Leonor de Cortina, viuda, mujer que fué de Rodrigo Cervantes, y los 50 ducados de doña Andrea de Cervantes, vecinos de Alcalá, estantes en esta córte, para ayuda del rescate de Miguel de Cervantes, vecino de la dicha villa, hijo y hermano de las susodichas, que está cautivo en Argel en poder de Ali Mami, capitán de los bajeles de la armada del rey de Argel, que es de edad de treinta y tres años, manco de la mano izquierda, y de ellos otorgaron dos obligaciones y cartas de pago y recibo de los dichos maravedís ante mí el presente notario, siendo testigos Juan de Cuadros, y Juan de la Peña Corredor, y Juan Fernandez, estantes en esta córte, en fe de lo cual lo firmaron los dichos testigos y religiosos, é yo el dicho notario. — Fray Juan Gil. — Fray Antonio de la Vella. — Pasó ante mí — Pedro de Anaya y Zúñiga.

Segunda partida. — En la ciudad de Argel á 19 días del mes de setiembre del año de 1580, en presencia de mí el dicho notario el M. R. P. fray Juan Gil, redentor susodicho, rescató á Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, de edad de treinta y un años, hijo de Rodrigo Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, vecino de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera del Sol, yendo de Nápoles á España, donde estuvo mucho tiempo en servicio de S. M. Perdióse á 26 de setiembre del año de 1575: estaba en poder de Azan baja, rey, y costó su rescate 500 escudos de oro en oro de España, porque si no le enviaba á Constantinopla: é así atentó á esta necesidad, y que este cristiano no se perdiese en tierra de moros, se buscaron entre mercaderes 220 escudos á razon cada uno de 125 ásperos, porque los demás que fueron 280, habia de limosna de la redencion: los dichos 500 escudos son y hacen doblas, á razon de 135 ásperos cada uno, 1.340 doblas. Tuvo de adyutorio 300 ducados, que hacen doblas de Argel, contado cada real de á cuatro por 47 ásperos, 775 y 25 dineros.

Fué ayudado con la limosna de Francisco de Caramanchel, de que es patron el muy ilustre señor Domingo de Cárdenas Zapata, del consejo de S. M. con 50 doblas, é de la limosna general de la orden fué ayudado con otras 50, é lo demas restante al cómputo de las 1.340 hizo obligacion de pagarlas acá dicha orden, por ser maravedís para otros cautivos que dieron deudos en España para sus rescates: y por no estar al presente en este Argel no se han rescatado, é estar obligada la dicha orden á volver á las partes su dinero, no rescatando los tales cautivos: é mas se dieron nueve doblas á los oficiales de la galera del dicho rey Azan baja, que pidieron de sus derechos. En fe de lo cual lo firmaron de sus nombres. — Testigos: — Alonso Berdugo. — Francisco de Aguilar. — Miguel de Molina. — Rodrigo de Frias, cristianos. — Lo cancelado valga. — Fray Juan Gil. — Pasó ante mí. — Pedro de Ribera, notario apostólico. — Corresponde con su original, de que yo el infrascrito redentor general y ministro de este convento de la Santísima Trinidad de Madrid, doy fe en 6 de setiembre de 1765.»

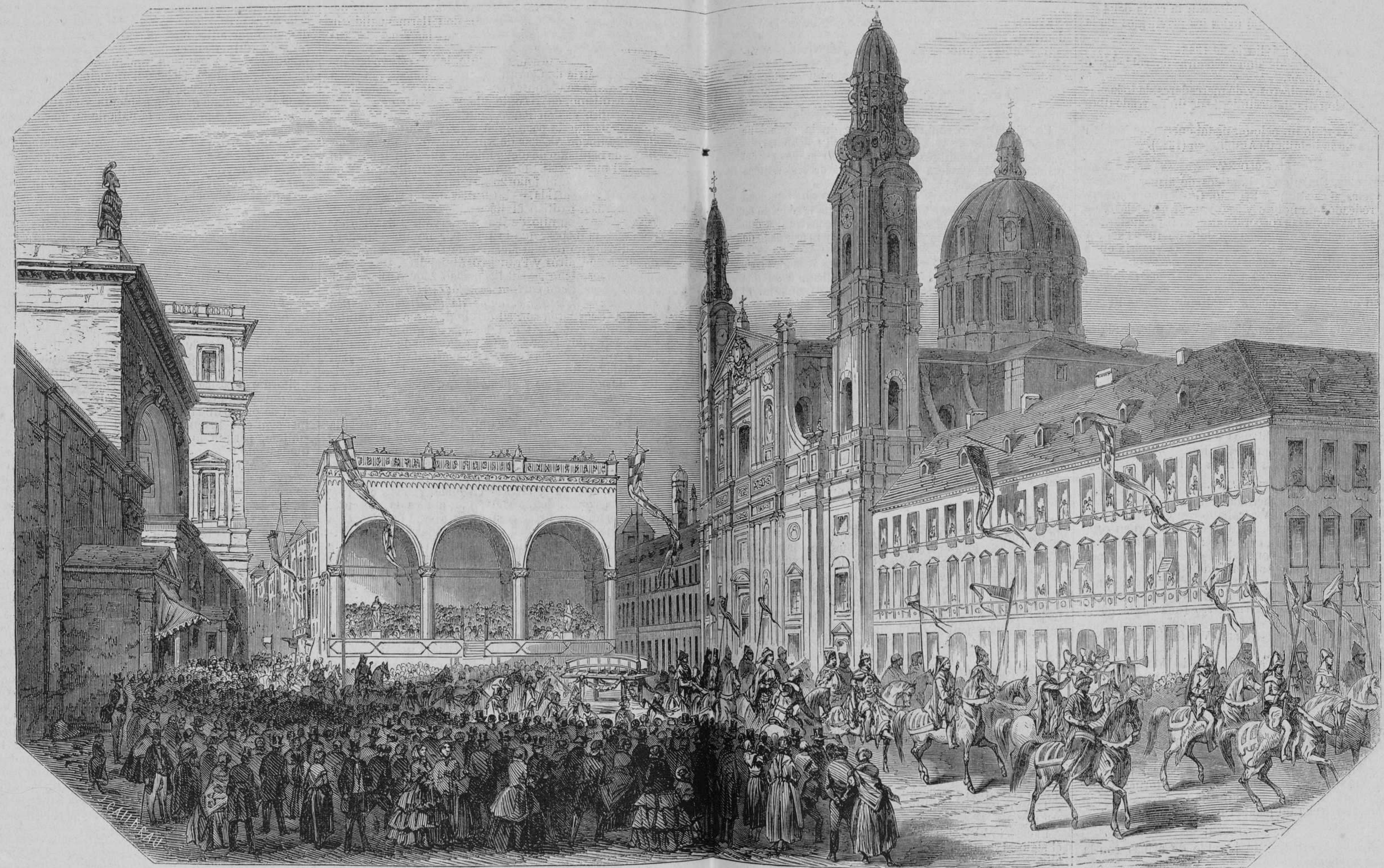
Las señales que resultan de las citadas partidas, peculiares todas del verdadero Cervantes, excluyen enteramente las razones de los partidarios del de Alcázar de San Juan, y dejan sin ninguna fuerza la tradicion y la conjetura fundada en el apellido Saavedra, que sin duda tomaron origen de la misma partida de bautismo mal aplicada al autor del *Quijote*, y se propagaron después sin mas motivo que la natural credulidad de los hombres, y su inclinacion á aquellas opiniones cuyo asenso trae consigo algun interés. Así sucedió con la nota marginal de dicha partida. Don Blas Nasarre, que habia pasado á la Mancha con una comision del duque de Híjar, se persuadió de tal modo que el autor del *Quijote* era de Alcázar de San Juan, que añadió la citada nota de su puño, y esta voluntariedad de un hombre tan sabio hace ver lo poco que se puede fiar en semejantes documentos, y lo preciso que es examinarlos bien y descubrir su verdadero origen antes de darles crédito. Queda completamente probado con los anteriores datos que Miguel de Cervantes nació en Alcalá de Henares, y que nadie puede disputar á esta ciudad la gloria de haber sido la cuna del hombre insigne que, como dice la misma real Academia española, «vivió pobre, desgraciado y miserable en medio de la misma nacion que ilustró en la paz con sus obras, y á cuyas victorias habia contribuido con su sangre en la guerra, y murió sin lograr después la fama póstuma que merecia. Destino infeliz y singular de los grandes hombres desgraciados, cuyas cenizas son por lo regular objeto del aplauso y honor que debia haberse tributado á sus personas.»

J. DE P. Y V.

Grandes fiestas de Munich

CELEBRADAS EN LOS DIAS 26, 27 Y 28 DE SETIEMBRE, CON MOTIVO DEL SÉTIMO ANIVERSARIO SECULAR DE LA FUNDACION DE MUNICH.

Munich se compone de dos ciudades, la antigua y la nueva; la primera tiene un carácter bastante original, sobre todo el *Schraunerplatz*; las iglesias de ladrillo no tienen nada de notable; pero aun subsisten algunas puertas del recinto primitivo, cuya construccion es no-



EL CORTEJO DE LAS GRANDES FIESTAS DE MUNICI PASANDO POR LA PLAZA DEL PALACIO REAL.



SODEROK DURAND

table, como la del Isarthor. La ciudad nueva es de creacion muy reciente. El elector Maximiliano José, hecho rey de Baviera por la Francia en 1803, trazó el plano del arrabal Maximiliano, donde se hallan reunidas todas las grandes construcciones: la Pinacoteca para los cuadros antiguos, la Pinacoteca para los cuadros modernos, la Gliptoteca y la basilica principal. Su hijo el rey Luis I, muy aficionado á las artes, dotó á Munich de una porcion de edificios que imitan los ornatos de otras épocas y de otros países, y que por consiguiente no parecen bien bajo el cielo humedo y frio de Baviera.

El rey Luis ha querido hacer de Munich la Atenas alemana; pero si pudo improvisar monumentos, no consiguió improvisar artistas; las nuevas construcciones son por lo general pesadas y poco graciosas, y las calles demasiado anchas para la poca gente que circula por ellas. El rey actual Maximiliano I, tan apasionado á las artes como su padre, ha mandado abrir hace poco tiempo una ancha calle que lleva su nombre, entre el teatro y el arrabal del Isar.

Las fiestas de Munich debían comenzar el 26 de setiembre por la colocacion de la primera piedra de un puente monumental que debe poner en comunicacion la nueva calle Maximiliano con el arrabal del Isar.

El domingo por la mañana todo en la ciudad tenia un aire de fiesta. Las casas estaban adornadas con guirnaldas, tapices y banderas. Los colores bávaros, azul celeste y blanco, se armonizaban con los colores de Munich, amarillo y rojo. En los edificios públicos se veía el estandarte de la ciudad, representando sobre fondo de oro un frailecillo con la capucha de lado.

Munich debe su origen á un convento de frailes. *Mœnch* en alemán quiere decir encaje. En torno de este convento se establecieron algunos pescadores, y en 1158 el duque Luis mandó construir cerca del convento un puente sobre el Isar. La fundacion de este puente produjo la creacion de un mercado, de un depósito de sal y una casa de moneda, y se hizo así la causa de la prosperidad siempre creciente de Munich. 1158 es la primera fecha auténtica de la existencia de Munich, y al cabo de setecientos años la ciudad ha querido representar para sí misma, mediante un vasto cortejo, todas las fases de su historia.

El programa anunciaba para la mañana del domingo una misa cantada en la iglesia de San Miguel, luego una procesion de todas las corradías religiosas, y por último, la colocacion de la primera piedra del puente del Isar por el rey.

Todo esto se efectuó con arreglo al programa; pero pasemos en seguida á hablar del cortejo que hizo acudir á Munich el lunes por la mañana mas de cien mil forasteros.

Hé aquí el orden de la marcha:

EL SIGLO XII.

Abre la marcha el cortejo del siglo XII. Un grupo de trompetas y de soldados mercenarios va seguido de un heraldo de armas que lleva la bandera mas antigua de la ciudad.

En un carruaje con cuatro caballos blancos se ven sentadas cinco jóvenes; la del centro es la figura alegórica de la antigua *Munichia*; las otras representan la agricultura, el comercio y las industrias, como emblemas de los primeros elementos de la vida civil en la ciudad naciente.

Sigue el duque Enrique el Leon, fundador de Munich, rodeado de señores á caballo, con la cota de malla, el casco de forma baja, rematado en punta y guarnecido por delante con un gancho de hierro para resguardar la nariz.

Un page lleva el estandarte ducal; otro le sigue con la carta de Federico I (14 de junio de 1158) que zanjó la contienda entre el duque Enrique el Leon y el obispo Otto de Freysing sobre la destruccion del puente viejo del Isar y su traslacion á Munich.

Algunos obreros llevan el modelo del primer puente edificado sobre el Isar y de la iglesia mas antigua de Munich.

El primer convoy de sal llegado á Munich está representado por un carro cargado de toneles con escolta de soldados.

EL SIGLO XIII.

Trompetas á caballo. Un heraldo de armas lleva el estandarte de la ciudad. El duque Otto de Wittelsbach, origen de la actual dinastía. Pages con las banderas de Baviera y del Palatinado.

Un grupo de vecinos con la constitucion municipal mas antigua, del 28 de mayo de 1239, y los miembros del consejo de la villa vestidos con trajes copiados de retratos de la época.

Siguen obreros con los modelos del convento de los Peregrinos, del hospital del Espíritu Santo y de la casa de los Leprosos, y detrás van peregrinos y niños de la primera escuela fundada por el duque Otto.

El grupo del duque Luis el Severo precedido de pages con la bandera ducal. Acompañan al duque los nobles de su corte montados en caballos soberbios y vestidos con mucha riqueza. Estamos en la época de las cruzadas: armaduras cubiertas de ornatos diversos, caballos enjaezados á la manera oriental con mantillas adornadas de hermosos bordados. Algunos obreros llevan los modelos de varias iglesias. Siguen los mozos de las cervecerías con la carta del 2 de agosto de 1286 que concedió al hospital del Espíritu Santo el privilegio de fabricar la cerveza blanca, y luego los zapateros con su carta del 29 de mayo de 1290.

El duque Rodolfo se adelanta rodeado de señores y precedido de estandartes. Cada personaje va revestido con su traje histórico. Los vecinos llevan las cartas patentes de 1294, que concedieron á la villa el derecho de elegir libremente su consejo municipal y de tener un juez especial. En seguida se ve al juez Alberto Mura-cher con sus doce sindicos.

Un peloton de soldados mercenarios cierra la marcha.

EL SIGLO XIV.

Trompetas á caballo y heraldos de armas con la bandera de la ciudad y el estandarte del emperador Luis el Bávaro.

El emperador Luis el Bávaro montado en un hermoso caballo guiado por dos pages. El emperador lleva la corona sobre una larga cabellera rubia; tiene la espada en la mano, y su armadura va cubierta con un gran manto de paño de oro que cae por detrás de su caballo.

Detrás van los héroes de la batalla de Ampfingen con el conde Federico de Nuremberg á su cabeza, todos revestidos de sus armaduras y montados en alazanes ricamente enjaezados.

Miembros del Senado y vecinos con la carta del 4 de mayo de 1315 que confirmó todos los privilegios de la ciudad.

Herradores con su privilegio de 1345.

Patricios seguidos de una escuadra de soldados ó guardias de la ciudad.

El gremio de carniceros y de mercaderes de toda clase como alusion al establecimiento de un mercado libre en Munich.

Cierra el cortejo un peloton de tahoneros de Munich de vuelta de la batalla de Ampfingen (1322).

EL SIGLO XV.

Trompetas, timbaleros, heraldos de armas, pages y estandartes. Los duques Ernesto, Guillermo y Alberto III, rodeados de nobles y seguidos de patricios y de vecinos. Las diversas corporaciones con sus insignias. Vecinos armados conducidos por Jobs de Rohrbach. A su cabeza los pañeros que decidieron la victoria en la batalla de Allingen el 22 de setiembre de 1422.

Pages guiando alazanes para indicar las primeras carreras de caballos que tuvieron lugar en Munich en 1448 en honor de las bodas del duque Alberto III con Ana de Brunswick.

El grupo de los duques Alberto IV el Sabio, y Sigismundo. Señores, pages.

Obreros con el modelo de la iglesia de Nuestra Señora. Jorg Gangkoffen de Haselbach, arquitecto de la iglesia.

La música de la corte de Alberto IV bajo la direccion del organista ciego el caballero Paulmann del Nurnberg.

Cerveceros con los emblemas de su industria que tomó en esa época un gran desarrollo.

Un peloton de soldados cierra la marcha.

EL SIGLO XVI.

Trompetas á caballo, heraldos y banderas.

El duque Guillermo IV á caballo con el sombrero de pluma y la capa guarnecida de pieles. Le siguen ocho caballeros armados para el torneo: caballos con barras de hierro, armaduras completas, cascos cerrados cubiertos de penachos, lanzas enormes.

La corporacion de los pastores vestidos para la *danza de los pastores*; la corporacion de los carniceros á caballo yendo al *salto del carnicero* (una fiesta de la época).

El grupo de los duques Alberto V y Guillermo V. Señores, artistas y sabios.

Obreros con los planos de la casa de Moneda (1573), de la iglesia de San Esteban (1579), de la iglesia de los Jesuitas (1583), y del palacio de Wilhelmina (1770), seguidos de los arquitectos, fundidores, pintores y escultores que contribuyeron á la ereccion de esos monumentos.

Un coro de cantantes dirigido por el compositor Orlando di Lasso.

Los gremios de los fabricantes de espadas, tejedores de oro, fundidores de bronce, relojeros y torneros que estaban muy florecientes en aquella época.

Cierra la marcha un peloton de guardias de corps.

EL SIGLO XVII.

Trompetas á caballo; un heraldo de armas con la bandera de la ciudad.

Pages con el estandarte del príncipe elector.

El elector Maximiliano I á caballo con el justillo de acero y el sombrero de plumas de alas anchas. Le siguen sus generales. La época de la guerra de treinta años está indicada por un peloton de soldados de la liga que rodean la silla de manos del monge carmelita P. Domenico, que con sus hermanos electrizó el ejército en la batalla del Monte Blanco el 8 de noviembre de 1620; sigue todo un escuadron de coraceros de Pappenheim. Algunos obreros llevan los planos del palacio del rey, edificado de 1600 á 1615, del arsenal y del hospital de San José.

El modelo de la columna de la Virgen María va rodeado de un grupo de jóvenes vestidas de blanco con corpiño de raso amarillo y mangas perdidas.

Los artistas y arquitectos de la época rodean el modelo del monumento erigido en 1629 al emperador Luis el Bávaro.

Dos magníficos coches de gala con tiros de ocho caballos llevan al elector Fernando María y á las señoras de su corte.

Esta parte del cortejo es admirable; los trajes son de una riqueza deslumbradora y de la mas escrupulosa fidelidad. El rey suministró las carrozas y los caballos.

Cierra el cortejo del siglo XVII la guardia nacional establecida en Munich por el elector Maximiliano I, dividida en pelotones por gremios.

EL SIGLO XVIII.

A la cabeza del cortejo se adelanta una banda de música con instrumentos de madera y de cobre; un heraldo con la bandera de la ciudad; un corneta con la bandera del ejército cristiano cuando se libertó Viena en 1683; le siguen oficiales con estandartes y armas cogidos á los turcos.

El elector Maximiliano Manuel á caballo, con el sombrero de tres picos, la casaca bordada, la corbata de encaje y las botas de campana, seguido de sus principales generales.

Una partida de turcos prisioneros.

Los defensores de la patria en 1705; aldeanos tiroleses con sus jefes de fama, y con banderas y armas de toda clase, carabinas, mazas, etc.

El grupo del elector Maximiliano José precedido de un page con el estandarte del príncipe elector.

Sabios y profesores con el decreto que fundó la Academia de ciencias en 1759.

Huérfanos, alumnos de las escuelas, vecinos y vecinas.

Cierra la parte histórica del cortejo un peloton de mineros y un escuadron de caballería.

EL SIGLO XIX.

Un abanderado con el estandarte de la ciudad de Munich seguido de una banda de música á caballo.

Un grupo de hombres y de niños con la estatua del primer rey de Baviera de la dinastía de los Wittelsbach, Maximiliano I.

Sigue el modelo de la estatua ecuestre que la ciudad de Munich se propone elevar al rey Luis I, rodeado de los modelos de los principales edificios construidos durante el reinado de ese príncipe amigo y apasionado de las artes.

La época actual está representada por todas las corporaciones, maestros, oficiales y aprendices, cada una con sus insignias y los productos de su industria. El número de oficios asciende á cincuenta y cuatro.

La fundicion real expone sus productos en un carro ricamente adornado.

El cortejo se termina por un carro con tiro de ocho caballos con la estatua del rey reinante Maximiliano II, rodeada de las figuras alegóricas del arte, las ciencias, el comercio y la industria.

Las diferentes sociedades de canto, la asociacion de los artistas y la compañía de los tiradores de Munich cierran la marcha.

Tres mil personas y quinientos caballos figuraban en este inmenso cortejo.

La parte histórica de los siglos XII y XVIII, cuyos episodios y grupos mas característicos se ven representados en nuestra lámina, era muy notable por la fidelidad y riqueza de los trajes. No era una cabalgada al aire libre de los actores de un circo, un paseo por las calles de los comparsas de un teatro, sino que eran los retratos de los personajes históricos salidos de sus marcos, era la edad media resucitada, eran los antepasados de los espectadores que desfilaban majestuosamente contando siglo por siglo la historia de la Baviera.

Los artistas de Munich habian dado los dibujos de los trajes copiándolos de los lienzos antiguos; los arsenales reales habian suministrado las armas, el rey habia prestado las viejas carrozas doradas de los electores. Pero no es todo aun; se llevó mas lejos el escrúpulo de la exactitud. Para cada personaje histórico se tuvo en cuenta el parecido: eligieron en la poblacion aquellos individuos cuyas facciones correspondian á las de los antiguos retratos. Desde hace seis meses las personas designadas dejaban crecer su barba de cierto modo, y se ejercitaban en tomar cierto aire. Se vieron allí los largos cabellos rubios del emperador Luis el Bávaro, el bigote blanco del general Lilly y hasta la pierna de madera de no sé qué personaje histórico; y no es porque cortaron la pierna á un hombre de buena voluntad, sino que hallaron un estropeado dispuesto á llenar ese papel.

El cortejo histórico era hermosísimo, y en pos de él el siglo XIX con la levita negra y el sombrero de copa alta, hacia una figura tristísima. Sin embargo, los gremios se esmeraron cuanto pudieron; los trofeos de la industria eran dignos de admiracion, pero deslumbraba tanto el aspecto del cortejo histórico que la poesia del pasado fué muy nociva al realismo de la época presente.

El cortejo recorrió toda la ciudad provocando por todas partes la silenciosa admiracion de la muchedumbre; los alemanes se divierten seriamente.

No se notó en el cortejo otra falta que la del elemento femenino. ¿Dónde estaban las mujeres de aquellos emperadores, aquellos electores, aquellos patricios y vecinos que tenían tan soberbias aposturas con sus coronas, sus máscaras y sus vestiduras?

El cortejo se retiró ya de noche, y en seguida hubo un gran baile de trajes que duró muchas horas. La mayoría de los espectadores pasó el tiempo bebiendo cerveza: dícese que en aquella noche se bebieron 80,000 toneles de 60 litros cada uno.

Al otro dia hubo un gran banquete, y por la noche se cantó el *Guillermo Tell* en el teatro de la corte, lo que puso fin á las fiestas.

Habia al mismo tiempo en Munich una exposicion universal del arte alemán en el siglo XIX. Munich posee su palacio de cristal, inmenso edificio de hierro y de cristal demasiado grande para su destino. La Exposicion debía comprender todas las obras de arte de la Alemania desde 1808, época de la fundacion de la Academia de Munich, y para esto se hizo un llamamiento á todos los museos de Alemania y á todos los particulares que poseen galerias de cuadros; pero sin duda el llamamiento se oyó muy poco, pues la Exposicion no era abundante. Habia en ella pinturas de Carstens, dibujos de Cornelius y de Kaulbach, y cuadros de Lessing; en general, la antigua escuela alemana no produce el mejor efecto; parece una mala novela de las escuelas flamenca, italiana y francesa, pero en cambio es muy notable la nueva, la de la última generacion de los pintores alemanes.

P. R.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

Al siguiente dia nuestros amigos se paseaban por el mercado de las flores, cuando acertó á pasar á caballo el general Tufto, el brillante oficial de las guerras de la Península.

— ¡Qué hermoso caballo! dijo Jorge: ¿quién es el gineté?

— El general Tufto, respondió el mayor O'Doow, que manda una division de caballeria.

Y despues de una pausa añadió:

— El y yo recibimos un balazo en la misma pierna en el sitio de Talavera.

— Por eso habeis marchado, dijo Jorge riendo; ¡el general Tufto! añadió volviéndose hácia Amelia, amiga mia, los Crawley no deben estar lejos.

Amelia sintió como un desvanecimiento y estuvo á punto de desmayarse sin saber por qué. El sol la pareció menos brillante, la ciudad menos curiosa y menos pintoresca. Y no obstante, el cielo estaba iluminado por los últimos rayos del sol en el ocaso, y era uno de los dias mas hermosos de la primavera.

XXIX.

BRUSELAS.

José habia alquilado un par de caballos para su carruaje descubiertó y hacia buena figura en los paseos de Bruselas. Jorge se habia procurado un caballo de montar, y en compañía de Dobbin caracoleaba en torno del coche José y su hermana salian á pasear diariamente.

En una de sus excursiones al parque, en medio de un grupo de ginetes compuesto de las principales personas de Bruselas vieron á Rebeca con un elegante traje de amazona, en un bonito caballo árabe que manejaba con mucha gracia y perfeccion. A su lado marchaba el galante general Tufto.

— ¡Es el duque! ¡Es el duque! gritaba á José la mayor O'Doow en tanto que José comenzaba á sonrojarse. Sí, ahí viene lord Uxbridge; ¡qué hombre tan elegante! ¡y cómo se parece á mi hermano!

Rebeca al reconocer entre las personas del coche á su antigua amiga, la dirigió una sonrisa graciosa, y la hizo un saludo con la mano.

Luego se volvió hácia el general que la preguntaba quién era aquel oficial grueso tan lleno de galones de oro.

— Es un oficial al servicio de la compañía de las Indias orientales, respondió Rebeca.

Rawdon Crawley destacándose entonces de la cabalgada se dirigió hácia Amelia para darle un apretón de manos; luego su vista se fijó tan atenta en la mayor O'Doow y en sus plumas de gallo, que la dama reconoció el poder de sus hechizos vencedores.

Jorge, que se hallaba detrás, corrió acompañado de Dobbin y ambos se descubrieron ante los augustos personajes, entre los cuales distinguió Osborne á Rebeca. Le lisonjeaba mucho ver á Rawdon apoyado en la portezuela del coche hablando familiarmente con Amelia.

Crawley suplicó á Osborne que pasara á verle al hotel del parque, donde estaba hospedado con el general Tufto, y Jorge reclamó de su amigo el mismo favor.

— Siento mucho no haberlo visto tres dias antes, dijo Jorge á Rawdon, porque os habria convidado á una comida en que estaban lord Bareacres, la condesa y lady Blanca.

Despues de haber dado esta corta satisfaccion á su amor propio y á sus pretensiones de hombre de gran tono, Osborne dejó á Rawdon que se reuniera con la augusta cabalgada que desapareció al galope.

Jorge y Dobbin volvieron á tomar sus puestos á los lados del carruaje, que continuó al paso.

El encuentro con tan ilustres personas hizo el gasto de la conversacion en lo que faltaba del paseo, en la comida y hasta en la Opera.

Aquella noche el teatro estaba guarnecido de figuras inglesas, y un aire de intimidad reinaba entre los concurrentes; en los palcos resplandecian aquellos adornos maravillosos que levantaban tanto la reputacion de las mujeres inglesas en Bélgica.

Mistress O'Doow no era la que menos se hacia notar: ostentaba en su frente una hilera de bucles coronados con una diadema de piedras de Irlanda, que á su parecer eclipsaban los aderezos de todas sus rivales. Su presencia incomodaba á Osborne. Mistress O'Doow se inscribia de oficio para todas las diversiones concertadas

entre sus amigos, pensando que siempre habia de ser agradable su presencia.

— Hasta aquí nos ha sido de mucho auxilio, decia Jorge á su mujer, que se quedaba muy descansado cuantas veces la dejaba en su compañía; pero la llegada de Rebeca os permitirá olvidar un poco á tan indigesta señora.

Amelia guardó silencio.

Mistress O'Doow admiraba mucho el teatro, pero no tenia comparacion con el de Dublin. La música francesa era muy inferior á las marchas de su pais.

Los amigos de mistress O'Doow oian todas sus observaciones, acompañadas de estrepitosas carcajadas y de las majestuosas oscilaciones de su inmenso abanico.

— Rawdon, amor mio, ¿sabeis quién es esa señora sentada al lado de Amelia y que parece un granadero disfrazado? decia en un palco de enfrente una dama muy amable con su marido en la intimidad, pero mas amable aun cuando estaba en público. ¿De dónde sale esa criatura con un penacho amarillo sobre su turbante, ese vestido de raso encarnado y ese reloj que se pasea por su cuerpo?

— ¿Al lado de la bonita jóven que está de blanco? preguntó un caballero que estaba detrás, con una decoracion en la casaca, y que ocultaba su cuello en los pliegues de una inmensa corbata blanca y su pecho bajo una enorme cantidad de chalecos.

— La jóven bonita es Amelia Osborne; no se os escapa ninguna, general.

— Os juro que una sola, una sola en el mundo ha sabido fijar mis miradas, dijo el general con una sonrisa.

Al mismo tiempo su vecina levantaba sobre él su inmenso ramillete como si hubiera querido pegarle con él.

Rebeca viendo que su amiga la miraba, la envió un beso con su gracia característica.

La mayor O'Doow tomándole por su cuenta hizo una ligera inclinacion de cabeza acompañada de una amable sonrisa; Amelia con una presteza nerviosa retrocedió hácia el fondo de su palco.

Durante el entreacto Jorge fué á presentar sus respetos á mistress Crawley, y hallando á Crawley en el corredor, se dijeron algunas palabras sobre los sucesos de la última quincena.

— Y bien, querido mio, ¿mi banquero os pagó mi billete sin la menor dificultad? preguntó Jorge; ¿estaba en regla?

— Muy en regla, contestó Rawdon; os daré vuestro desquite cuando gustéis... ¿Y el papá se ablanda?

— No mucho, dijo Jorge, es cosa que requiere tiempo. Para engañar la paciencia he recogido algo de la fortuna de mi madre. ¿Y vuestra tia está menos feroz?

— Seguramente; ha llegado hasta regalarme veinte libras; ¡avara!... ¿Cuándo nos veremos? El general comerá fuera el martes; ¿podeis venir ese dia? Decid á Sedley que se corte el bigote; ¿qué diablos hace un paisano con bigotes y una levita de uniforme? Con que está entendido, vendreis el martes.

Y despues de este coloquio Rawdon se alejó dando el brazo á dos corifeos de la moda que como él formaban parte del estado mayor del general.

Jorge se quedó confuso al ver que Rawdon le habia convidado el dia que debia comer fuera el general.

— Voy á presentar mis respetos á vuestra señora, le dijo Jorge.

— Como gustéis, respondió el otro con aire de mal humor.

Los dos oficiales que estaban con Rawdon cambiaron una mirada significativa, y Jorge se dirigió hácia el palco del general cuyo número conservaba en la memoria.

— ¡Adelante! dijo una voz argentina despues que se oyó un golpecito en la puerta; y nuestro amigo se encontró en presencia de Rebeca.

Mistress Crawley le salió al encuentro con muchas demostraciones de amistad; le alargó sus dos manos como para manifestarle mejor la alegría que la causaba su presencia.

Durante este tiempo el general clavaba los ojos en el recién llegado, y fruncia el ceño con un aire que queria decir:

— Al diablo el importuno que nos incomoda.

— ¡Querido capitán Jorge! exclamó Rebeca con una sonrisa encantadora, os agradezco mucho vuestra visita. El general y yo comenzáramos á fastidiarnos en la soledad; general, os presento al capitán Jorge de quien me habeis oido hablar con frecuencia.

— Muy bien, contestó el general haciendo un saludo imperceptible; ¿á qué regimiento pertenece el capitán Jorge?

Jorge indicó el número de su regimiento.

— Ese cuerpo llega de las Indias orientales, ¿no es verdad? Y no se ha distinguido mucho en la guerra. ¿Teneis vuestros cuarteles en Bruselas, capitán Jorge? continuó el general con una altanería insultante.

— No es el capitán Jorge, os equivocais, general.

— ¿Pues quién es?

— El capitán Osborne, contestó Rebeca riendo.

El general lanzaba miradas fulminantes.

— En hora buena. Y bien, capitán Osborne, ¿sois de la misma familia que los lores Osborne?

— Nuestras armas son las mismas, respondió Jorge sin mentir.

M. Osborne despues de haber recurrido á un genealogista habia tomado del libro de la nobleza el escudo de su homónimo, y le paseaba hacia quince años en las portezuelas de sus coches.

El general no dijo una palabra mas; pero tomó su antejo y comenzó á fingir que miraba á la gente de los palcos. Sin embargo, no supo hacerlo con bastante destreza para que Rebeca no notara que uno de sus ojos se hallaba clavado en ella y la lanzaba miradas de tigre así como á Jorge.

Esto no impidió que se mostrara mas tierna y familiar.

— ¿Y mi querida Amelia, cómo está?... Pero ¿á qué preguntarlo cuando la veo tan fresca y tan hermosa? ¿Quién es la señora que la acompaña?... Algun nuevo capricho ¿no es verdad? Siempre el mismo. ¡Ah! ¡M. Sedley comienza á tomar sorbetes, y con gusto!... General, ahora que me acuerdo ¿cómo es que no tomamos sorbetes?

— Voy á buscarlos, dijo el general en el colmo de la ira.

— Iré yo, si lo permitis, repuso Jorge.

— No, no, quiero ver á Amelia en su palco; vuestro brazo, capitán Jorge.

Y haciendo un saludo al general salió del brazo de Jorge.

Rebeca se sonreía en aquel momento con una sonrisa expresiva que queria decir á Osborne:

— ¿No veis el estado de las cosas? El pobre general pierde la cabeza.

Pero Jorge no vió nada, porque estaba muy ocupado con sus pensamientos y sus deseos, y muy dominado sobre todo por la admiracion de su propia persona.

Pasaremos en silencio las maldiciones del general á los dos jóvenes, contentándonos con decir que estaba furioso.

Los lindos ojos de Amelia seguian tambien con ansiedad los movimientos de la pareja cuyos hechos y ademanes excitaban en tan alto grado los celos del general.

Cuando Rebeca entró en su palco se arrojó en los brazos de su amiga con un ímpetu irresistible de ternura entusiasta, y á pesar del lugar en que se encontraba, á pesar del antejo del general siempre dirigido al palco de Osborne, besó con efusion á su querida amiga, saludó á Dobbin, y admiró los magníficos adornos de mistress O'Doow.

Cuando se alzó el talon para el baile, donde no hubo un bailarín que igualara su talento para la pantomima y la comedia, se volvió á su palco apoyada esta vez en el brazo del capitán Dobbin. No habia querido aceptar el de Jorge para no robársele á su querida y excelente Amelia.

— ¡Qué de gestos! murmuró el buen Dobbin al oido de Jorge cuando volvió de acompañar á Rebeca; se reuerce y se agita como una serpiente cortada en dos pedazos. No sé si lo habeis notado, Jorge, pero el poco rato que ha permanecido aquí, era una comedia dirigida al general que estaba en el palco de enfrente.

— Amigo mio, todo eso será verdad, pero tendreis que convenir conmigo en que es la mujer mas bonita de Inglaterra, repuso Jorge atusándose el bigote perfumado. Dobbin, no sois un hombre de mundo... Miradla ahora; apenas ha dicho dos palabras al general y ya se está riendo... Amelia; ¿porqué no habeis traído ramillete? Todas las mujeres le han traído.

— ¿Y porqué no se lo habeis comprado? repuso mistress O'Doow.

Amelia y Dobbin agradecieron la respuesta.

Pero todo el resto de la noche se pasó en un profundo silencio. El brillo seductor, la conversacion brillante de su rival causaban á Amelia una tristeza extraordinaria. Mistress O'Doow se puso tambien pensativa y taciturna como si la aparicion de aquella mujer hubiera echado por tierra sus poderosos atractivos.

— ¿Cuándo renunciareis al juego, segun vuestras promesas? decia Dobbin á Jorge, algunos dias despues de aquella funcion en la Opera.

— ¿Y cuándo concluireis vos con vuestros sermones? le dijo su amigo. ¡Qué diablo! No hay motivo para alarmarse, jugamos con moderacion; además he ganado la noche última. ¿Creeis que me engaña Crawley? Siguiendo con un juego igual al fin del año se compensan las pérdidas y las ganancias.

— El caso es que si pierde, no os pagará, repuso Dobbin.

Este consejo tuvo la suerte que tenian todos los que le daba. Osborne y Crawley eran inseparables. El general comia fuera á menudo, y Jorge era recibido en los aposentos que el edecán y su mujer ocupaban en la fonda al lado de los del general.

La primera disputa entre Jorge y Amelia estuvo á punto de proceder del enojo y la incomodidad que se manifestaban durante aquellas visitas en las facciones y en los modales de Rebeca.

Jorge la riñó por su repugnancia en tratar con una antigua amiga y por el tono altivo y desdeñoso que tomaba con mistress Crawley.

La pobre Amelia no dijo nada; pero las miradas irritadas de su marido y las ojeadas escudriñadoras de Rebeca aumentaron su malestar en la visita siguiente.

Rebeca se mostraba mas atenta cada vez, como queriendo aparentar que no notaba la frialdad de su amiga.

— Parece que Amelia tiene mas orgullo desde que su padre... desde la desgracia de M. Sedley, repuso dulcificando su frase al oido de Jorge. En Brighton me hacia el honor de tener celos de mí, y ahora se escandaliza sin duda al verme vivir en comun con Rawdon y el general. ¡Dios mio! Nuestros recursos propios no nos bastarian si un amigo no sufragara la mitad de los gastos. ¿Creeis que Rawdon no sabrá cuidar de mi honra? A la verdad, la estoy muy agradecida.

(Se continuará.)

Los baños de Amelia

EN LOS PIRINEOS ORIENTALES.

«Mientras cura apresurémonos á emplear ese remedio,» decía Corvisard con mucha verdad y gracia. Así rendía homenaje á ese gran poder de todos los tiempos y todos los países que promulga las ordenanzas en medio de nosotros, ese gran poder que se llama la moda. Entre nosotros efectivamente la moda no pierde ninguno de sus derechos, no diremos sobre aquellos que disfrutaban de la mejor salud, sino sobre las personas enfermas. Hay remedios que curan por la única razón de que están á la moda; esto es fisiológico. Desde hace cien años entreteniéndonos en buscar hallaríamos diez procedimientos, diez sistemas terapéuticos diametralmente distintos, todos coronados con el mismo laurel, recompensados con las mismas curas, honrados con los mismos prodigios. Solo se trata de recurrir al remedio en el instante favorable. En tiempo de Broussais la gente se moría por querer conservar la sangre en sus venas; hoy parece que el sistema opuesto es el que obra maravillas. Cesaron las purgas con gran aplauso de la muchedumbre sublevada contra la medicina de Leroy, y en el día las purgas lo curan todo. La homeopatía ha salvado no sé cuantos enfermos; la hidroterapia no ha hecho menos milagros, pero todo esto decae un poco; la medicina parece presa de la anarquía, y sin embargo, es tiempo ya de que se descubra un buen medicamento, dulce ó amargo, para que sepa la humanidad doliente cómo debe sanar ó morir, y en virtud de qué código.

Se me preguntará que adónde nos lleva este exordio, y yo responderé: — A los Pirineos Orientales. — Si la transición parece un poco brusca, yo trataré de justificarla. ¿Porqué los manantiales admirables del Canigu se hallan abandonados relativamente, en tanto que el pico de Ayre y el circo de Gavarni son visitados por una muchedumbre que se apiña en torno de las fuentes sulfurosas, alcalinas que allí brotan? ¿Están menos cargados de sosa ó de azufre que estas últimas? ¿Es su efecto menos activo, son menos infectas sus emanaciones? No por cierto: de igual fuerza unas y otras fuentes atacan al olfato y cicatrizan las llagas crónicas, sin hablar de otras influencias confortativas sobre el aparato respiratorio y sobre el sistema nervioso. ¿De qué procede pues esa diferencia de fortuna y de reputación entre las primeras y las segundas? De la moda. Las unas son famosas, las otras no lo son ya, no lo son aun y lo serán mas tarde, no hay que dudar. Por mi parte estoy ya cansado de oír

invocar y preconizar Canterets, San Salvador, Bagnères de Bigorre, Bagnères de Luchon, Barèges, etc., y hoy quiero conducir á mis lectores á una de las fuentes menos conocidas, aunque no de las menos saludables, de esa gigantesca trinchera que la mano volcánica de la naturaleza elevó entre la España y la Francia, que

mos, los humores escrofulosos y las úlceras, cuyo grupo constituye los Baños de Amelia. Una de ellas (la fuente Manjoret) se emplea además como bebida contra las enfermedades de pecho. Son por lo general muy calientes, y la mas elevada en temperatura llega á 61 grados centígrados.

Los romanos, que conocieron y supieron apreciar esas aguas, levantaron allí un establecimiento termal de proporciones colosales y de una distribución interna maravillosa. Aun subsiste y lucha en comodidades con otro establecimiento mas moderno, cuya ventaja principal está en que distribuye el agua mineral por todos los pisos de la casa, de tal suerte que el gabinete de baño se encuentra como dependencia, como apéndice de la habitación del enfermo.

Creo que aquí hay oportunidad para decir algunas palabras acerca del principio esencial mineralizador que se descubre en todas las fuentes termales de los Pirineos tanto en el Vernet como en los baños de Amelia, en Canterets y en Bagnères.

Durante mucho tiempo se habia pensado que esas aguas contenían un hidrosulfato mezclado de ácido sulfídrico; pero está demostrado que no hay tal cosa y que el azufre solo existe en el estado de sulfuro de sodio, lo que hace que esas aguas sean á la vez sulfurosas y alcalinas.

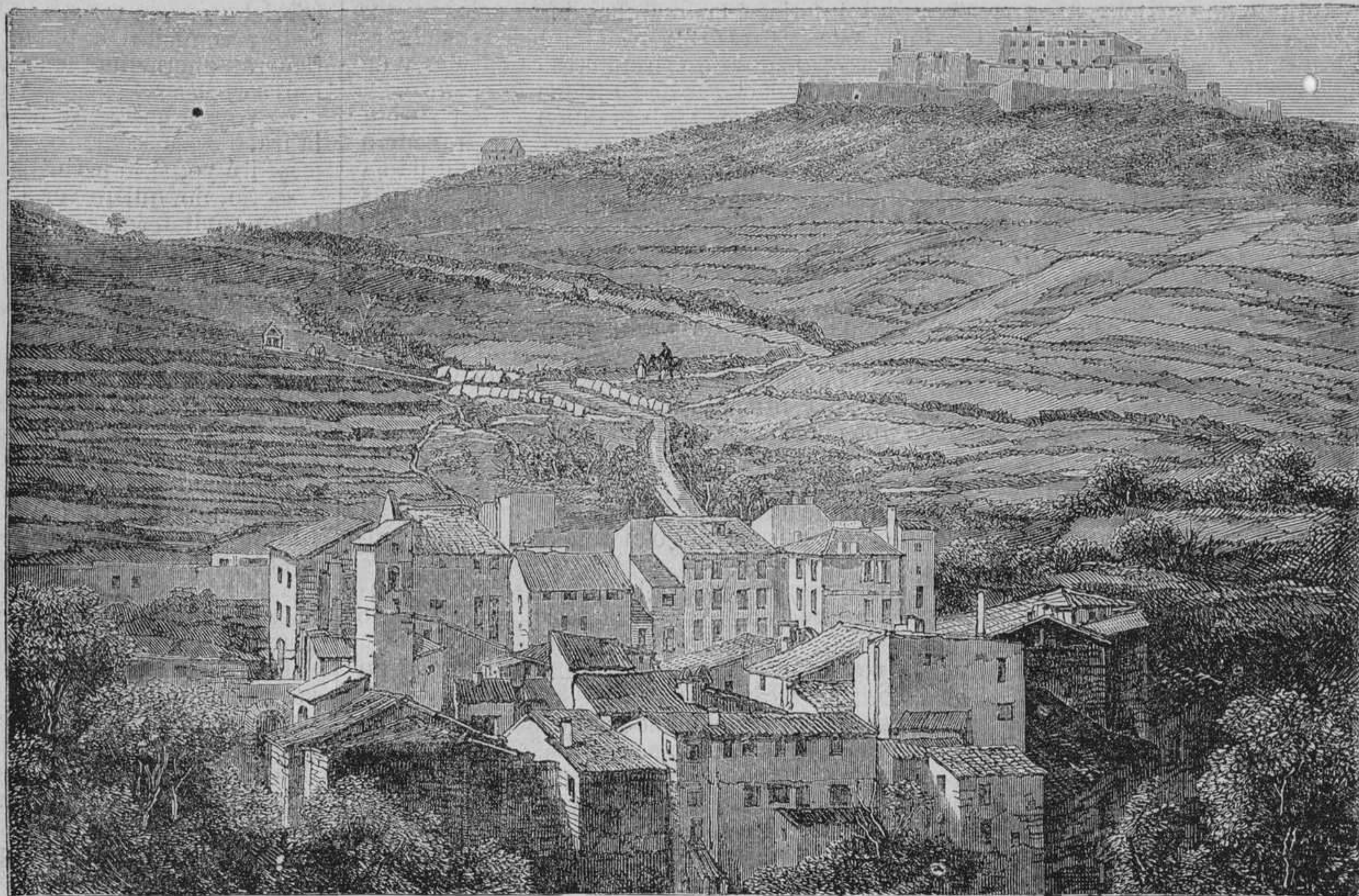
Se concibe que esa presencia simultánea de principios tan divergentes, unida á la mezcla de otras sales casi todas con base de sosa, haga la acción de esas aguas sumamente activa y su empleo muy complejo. De aquí

la variedad, la multiplicidad de sus influencias curativas y el crecido número de males á que pueden aplicarse.

En todas se encuentra, sea cual fuere el grado de temperatura, una proporción notable de *baregina*; es decir, esa sustancia que se posa en el fondo de los receptáculos en masa límpida, en jalea incolora y trémula que ofrece, dice un buen observador, cierto parecido con el cuerpo vidriado del ojo. No tiene señales de organización; sometida á la acción de un calor intenso, se carboniza y suelta vapores amoniacales.

Tal es la base constitutiva, con pocas variantes, de todas las aguas de los Pirineos, y por consiguiente del manantial que vamos á examinar ahora.

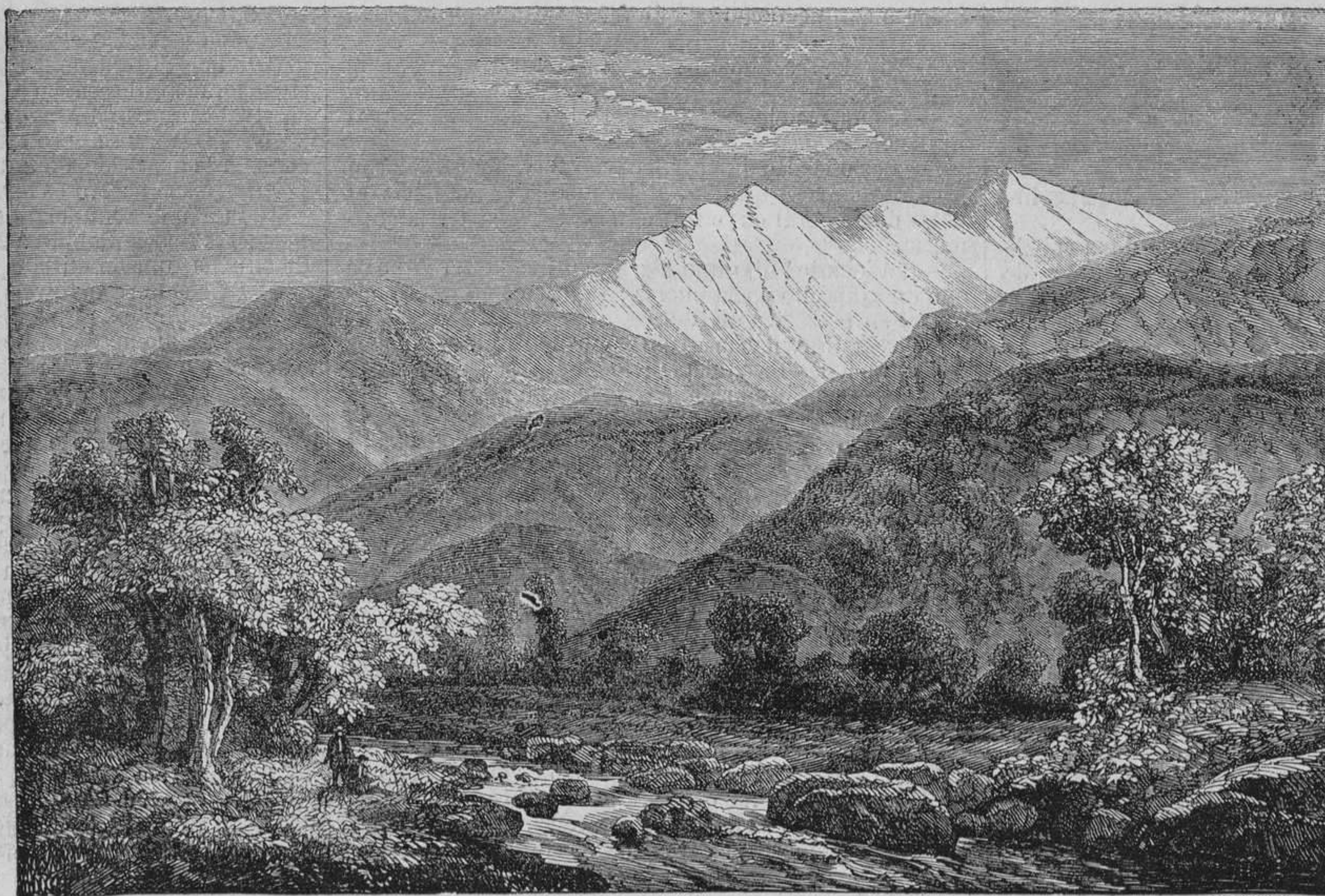
Ya hemos enumerado sus propiedades principales. Según la uniformidad de bases, es permitido creer que otras fuentes del mismo grupo ó del mismo limite montañoso pueden presentarlas en un grado, si no igual, al menos aproximativo. Pero lo que asegura ó debería asegurar á esas fuentes una gran superioridad sobre las aguas termales de igual composición y género, es que en razón de la suavidad privilegiada,



VISTADE LA PARTE SUPERIOR DE LOS BAÑOS DE AMELIA.

subsiste aun á pesar del célebre dicho de Luis XIV.

Los Pirineos orientales son sumamente ricos en ondas sulfurosas, cuya composición, virtud, abundancia y virtudes medicinales parecen estar al nivel de las de las aguas termales de los Altos y Bajos Pirineos. «Sin embargo, son poco frecuentadas,» dice el doctor James. La mas conocida es el Vernet; pero no nos detendremos ahí y llegaremos en seguida á los baños de Arlés deno-



EL CANIGU.

minados baños de Amelia, del nombre de la antigua reina de los franceses.

Sobre la orilla izquierda del Tech, Gave, rápida y pintoresca, saltan las catorce fuentes ponderadas como buenas contra las afecciones herpéticas, los reumatis-

excepcional del clima de los Baños de Amelia, pueden usarse, como las del Vernet, casi hasta la mitad del invierno, ventaja preciosa, decisiva en un crecido número de casos patológicos que no ceden sino al cabo de un tratamiento prolongado y no interrumpido en los mismos lugares; pues, como dice el ilustre Bordeu, «nuestras aguas son como los habitantes de nuestros campos, no dejan su patria, y cuando la dejan, en breve pierden su carácter.»

Algunos enfermos pasan pues el invierno en los Baños de Amelia, y este será uno de los elementos de la boga que sin duda alcanzarán esas aguas.

— ¿Pero quién ha de pasar todo un invierno al pie del Canigu y bajo la roca de Anibal? me preguntarán las parisienses.

— ¿Y porqué no, señoras mías? responderé yo; allí no hace frío; una primavera eterna florece entre aquellos peñascos pintorescos. El Canigu, ese gigante blanco de los Pirineos orientales, es una defensa famosa contra los vientos. Es el clima de España. Mientras se recobra la salud, se disfruta de un tiempo admirable.

A esto se replicará que el aburrimiento es un enemigo terrible, pero parece ser que ni en enero se aburre nadie en los Baños de Amelia. ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿No se deben tomar en cuenta esos sitios magníficos accesibles diariamente, esos hermosos olivares siempre verdes, esos campos fértiles, ese Gave impetuoso, esos rostros y esos trajes que allí se ven? Las cosas que podríamos citar contra el aburrimiento formarían una lista demasiado larga; así es que nos contentaremos con señalar únicamente el puente de la Palalda, de atrevida estructura y base pedregosa; la roca de Anibal que parece estar á punto de caer aplastando al viajero, y que lejos de realizar un desafío tan fúnebre hace correr de sus flancos una fuente de regeneración y de vida; el valle de Montalba, las orillas del Mondoni y otras mil maravillas de una naturaleza primitiva, grandiosa, severa, y sin embargo graciosa y pintoresca como ninguna.

Es inútil añadir que los Baños de Amelia son aguas de una naturaleza poco turbulenta; allí no se conocen ni el baile ni el juego. La principal diversión allí consiste en escalar los picos del Canigu, ese *monarca de los aires*, y las cuevas graníticas que marcan el límite entre las dos naciones.

Las demás fuentes principales de los Pirineos orientales son el Vernet citado ya; Escaldac, en Cerdaña, útil para las afecciones cutáneas; Molig, de iguales propiedades; Vinça, buena en bebida para las afecciones crónicas del pecho; la Berta, especial contra las enfermedades de los riñones y de la vejiga; Az, mas rica que Bareges en principios sulfurosos y en volumen de agua,

y Ussat, en el Ariège, que se emplea con el mejor éxito en las afecciones nerviosas.

Terminaremos diciendo que el gobierno ha hecho levantar edificios, donde los soldados viejos y los heridos del ejército francés irán á descansar de sus gloriosas fatigas y á curarse de sus cicatrices. F. M.

brazo á Floriana, álzate y levanta ese rostro. Floriana se puso en pié maquinalmente. Hermosa es, prorrumpió el rey como para sí, contemplándola. Hermosa es, susurraron todos, menos Teodosinda, que sin embargo no pudo menos de corroborar el voto espontáneo y unánime de todos los circunstantes con un *si* dificultosamente articulado.

— ¿Sabes, joven infeliz, que nuestras leyes vedan el consorcio entre un godo y una romana?

— Sí lo sé... Pero... yo... Mirad... vuestro hijo... Concededme unos momentos de descanso para volver en mí.

— Bien, hija, bien.

Al oír el dictado de *hija*, Teodosinda se mordió de rabia los labios.

Floriana se preparaba á mentir por la primera vez de su vida.

— Yo no sé, dijo, lo que os habrá contado el príncipe acerca de nuestros amores; pero yo estoy pronta á declararos la verdad.

— Nada sé, contestó el rey, disimulando con la mayor naturalidad. FLORIANA.— ¡Ah! me alegro de poder justificar á vuestro hijo sin que nadie me fuerce á ello. Señor... sabedlo... yo hice creer al príncipe que mi nacimiento era ilustre.

(Froya y Teodosinda se miraron atónitos y descontentos.)

FROYA.— Pero á Recesvinto le consta que su mujer es española.

(Bien le vino á Floriana que le dijese el nombre verdadero del príncipe, porque ella no sabia mas que el finido de Eliodoro.)

FLORIANA.— No he declarado á mi esposo el secreto de mi cuna hasta mucho después de nuestro casamiento.

EL REY.— De esa manera, mi hijo no ha delinquido en...

FLORIANA.— La delincuente he sido yo.

TEODOSINDA.— No dejéis ignorar por mas tiempo á la española la verdadera culpa del príncipe. Decid á esa mujer ambiciosa que Recesvinto estaba tratado de casar conmigo.

FLORIANA.— ¡Tratado de casar con vos! ¡Madre de misericordia!

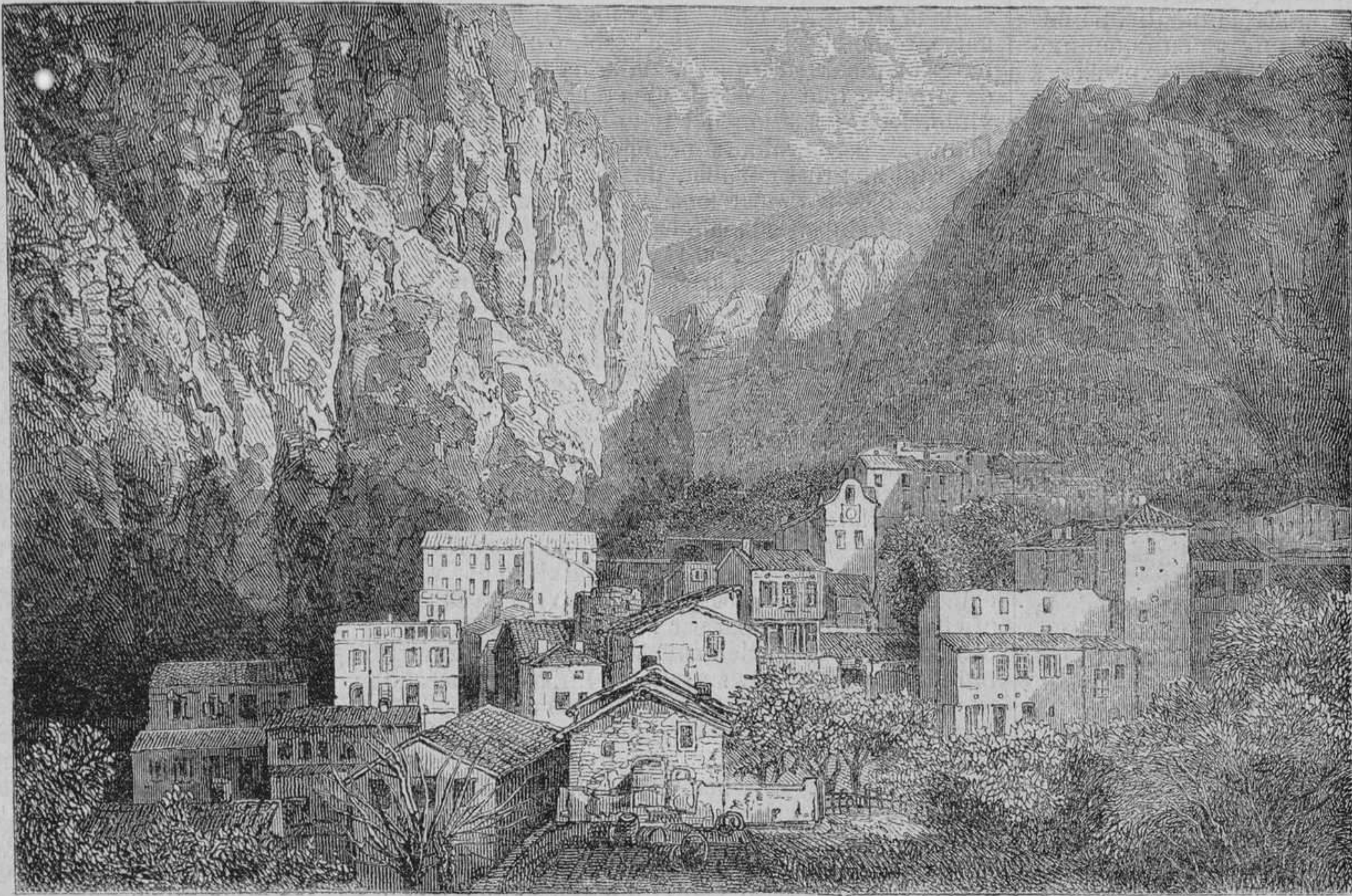
FROYA.— Decidle, por si no lo sabe, puesto que se ha criado en un desierto, que en habiéndose celebrado unos esponsales y dado el anillo, ya no puede ninguno de los contrayentes celebrar otro matrimonio, á menos que de comun acuerdo se anule el desposorio primero.

TEODOSINDA.— Mis esponsales con el príncipe no se han anulados.

FLORIANA.— ¡Justo Dios!

FROYA.— El desposado que celebra otras bodas, queda, segun la ley, por esclavo de la desposada á quien es infiel.

TEODOSINDA.— Y la mujer con quien se case, queda por esclava igualmente.



LA ROCA DE ANIBAL.

LA REINA SIN NOMBRE

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

POR DON JUAN EUGENIO HARZENBUSCH.

(Continuacion).

A mi esposa, iba á decir, pero una mirada fulminante de Flavio y la palabra *silencio!* pronunciada de una



EL PUENTE DE PALALDA.

manera indefinible, le forzaron á callar. Te he dicho que te retires, obedece, añadió en voz baja acercándose á él. Era irresistible la fuerza de esta expresion en boca de Flavio: su hijo tuvo que salir de la estancia.

-- Alzate, española, continuó el rey asiendo de un

FLORIANA. — Luego yo... luego el príncipe...
EL REY. — La ley les condena á entrambos á la servidumbre.

TEODOSINDA. — ¡ Oh ! yo perdono al príncipe.

FROYA. — ¡ Donoso sería ver con una argolla al cuello y rapada la cabeza al pretendiente de la corona !

FLORIANA. — ¡ Oh ! sí, señora, bien haceis en perdonarle : no haceis mas que justicia, porque toda la culpa es mía : yo he seducido al príncipe ; yo me he valido de todos los artificios posibles para poseer su mano.

(Cuando Floriana decía esto, no creía mentir. Su deseo de salvar á su esposo le hacía mirar en aquel momento como artificios de seducción todas las expresiones de cariño que involuntariamente le había dirigido desde la primera vez que le dijo : « tú eres el compañero que me está destinado. »)

EL REY. — Teodosinda, el perdón que concedes á mi hijo te honra sobremanera, y yo te lo agradezco en el alma. Pero desearía que tu generosidad se extendiese también á esta infeliz, que acaso no sabría que mi hijo estaba ya desposado : entonces el mas culpable era él.

FLORIANA. — Señor, nada puede disculparme, yo lo sabía.

(¡ Mentira harto noble !)

TEODOSINDA. — Ya lo veis : la verdadera culpable es esta ; ella lo confiesa, y todas las apariencias lo confirman : ella era la que ganaba en casarse con Recesvinto, al paso que vuestro hijo lo arriesgaba todo al casarse con ella. Pido pues que perdoneis á vuestro hijo y me entreguéis por esclava esta mujer.

FLORIANA. — Yo os lo pido también : castigadme á mí sola y perdonad á vuestro hijo.

El rey ocultando su profunda conmoción, asió de la ropa á Floriana, y haciéndola dar un paso hácia Teodosinda, dijo con voz solemne : — Esclava, hé ahí tu señora.

Teodosinda hizo una seña á las esclavas de su séquito para que rodeasen á Floriana, y les dijo : — Llevad á mi palacio á vuestra nueva compañera. Mañana os diré lo que habeis de hacer.

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca explicación. Flavio había descubierto que su hijo había mandado que Floriana fuese conducida secretamente á Toledo, y había querido sorprender á los dos esposos, llevando en su compañía á Teodosinda, con quien aparentaba querer reconciliar á su hijo : Froya se había prestado á la sorpresa porque creía que cuanto concurriese á humillar al pretendiente del solio, le alejaba mas y mas de sus gradas. Las miras de Flavio iban mucho mas allá. No le daba cuidado alguno el riesgo de esclavitud en que había puesto á su hijo, en el desconocimiento que pudiera seguirsele : la autoridad del padre estaba muy afianzada y las prendas del hijo eran sobrado conocidas para que pudiese perjudicarle la noticia de haber celebrado un casamiento desigual, grave crimen en un godo pobre, pero cosa de menos valer en un poderoso. Flavio, aunque rey electivo, había sabido hacerse respetar mucho y temer aun mas : tenia casi todas las cualidades de un gran monarca, y para ser tirano le faltaba muy poco.

IV.

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre y venturosa consorte había pasado en pocas horas al estado de mujer divorciada, á la condicion de sierva : rápida como un relámpago había pasado por su mente la idea de estar casada con un príncipe, y en el mismo momento se había visto privada de esposo, de libertad, de esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿ Qué sería de ella entregada á los caprichos de una rival ? ¿ Qué sería de ella cuando la mirase Recesvinto ? ¿ Qué si no la miraba ? ¿ Qué sería de él ? ¿ Cómo aquel hombre de tanto brio había sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y de una competidora ? Recesvinto no la había amado nunca ; — y sin embargo, Floriana á pesar de todo, no podía menos de creer que Recesvinto la amaba siempre.

Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormían encerradas con ella ; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, solo breve tiempo domina el dolor. Véase infeliz ; pero se sentía inocente, consuelo el mas poderoso que existe. Véase esclava, pero en Toledo no había nadie que la hubiera conocido en el estado de libre. Como se había criado en un retiro, no le causaba rubor el pasar de un estado próspero á un estado abatido : sentía pues su infelicidad ; pero este dolor iba exento de los agujones de la vergüenza, que es el suplicio mayor del que padece. No tenía padres ni deudos á quienes afligiese su desventura : también es parte de consuelo padecer solo. Por último, se había esforzado á salvar ó disculpar al hombre que amaba ; se había sacrificado por él ; no podía dudar, á pesar de las apariencias, que su sacrificio sería justamente apreciado por el hijo del monarca, y le quedaba la dulce complacencia que produce una acción noble.

Así, despues de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado á la victoria debida á su heroico valor. Yo haré ver, dijo interiormente con una resolución del todo española ; yo haré ver en el estado de esclava que la mujer en quien puso Recesvinto los ojos no era indigna de ascender á su lecho.

Una fervorosa oración acabó de restablecer en su es-

píritu aquel género de tranquilidad que su situación permitía : la tranquilidad de la resignación, que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto á la voluntad del cielo, y en la confianza de su bondad infinita.

A la mañana siguiente, sus esclavas hicieron tomar un baño á la nueva compañera, la vistieron el hábito de su clase, corto y sin mangas ; pero rico segun convenia á la opulencia de la casa ; y con el cabello tendido la llevaron á presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, ó como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardía y gusto á los ojos de la mujer que había reinado en el corazón de Recesvinto. La satisfacción del triunfo animaba su rostro, blanco sí, pero ordinariamente descolorido : era Teodosinda alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca : era hermosa mujer, y sin embargo le faltaba alguna cosa notable para ser bella : faltábale aquel rayo vivificante que desde lo íntimo del alma sale á los ojos, brota en el labio y vibra en el acento : faltaba en aquel rostro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez había podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante : el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces la favorecía tan poco como si se hubiesen empleado en una estatua inmóvil ; ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento á su faz severa, gallardía á sus ademanes y desusado tono á su habla, prestaban á su hermosura prodigioso realce : la envidia afea ; pero la malicia y la fatuidad por ventura embellecen. Con tímidos pasos, como víctima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolución suficiente para aventurar una mirada turtiva hácia su señora, húbole de hacer tan terrible impresion el júbilo derramado por aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos : había comprendido el secreto de aquella sonrisa, y había visto también en una mesa tripode, á la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

— Ven, mujer, ven, dijo Teodosinda á Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente á su disposición á un contrario : yo he querido honrar á la hermosura que ha sido capaz de avasallar á un príncipe ; y así, la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de suerte, será la que te despoje de tu cabellera y cifa tu garganta con el collar que te declare por mía. Lástima es por cierto que esa rica madeja haya de sujetarse al hierro : lástima es que ese cuello de alabastro haya de cubrirse con un aro de cobre ; pero no tengo yo la culpa de que sea esta la suerte que te ha cabido, suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tú serás la sierva mas inmediata á mi persona, me vestirás, me harás el trenzado, estarás á mi lado siempre, y dormirás al pié de mi cama.

— Gracias, señora, respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillara y besara los piés á su ama : toda la sangre se le agolpó á las mejillas á Floriana en aquel terrible momento de prueba ; vencióse empero, se hincó de rodillas, sus largos y hermosísimos cabellos ondearon por el suelo, cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pié de Teodosinda, quien desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó bondadosamente la mano : un ardiente beso y una lágrima aun mas ardiente comunicaron á aquella mano un temblor convulsivo. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender á Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella mujer, que aun sabia enternecer á una rival ofendida : irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura, y sus facciones, que por primera vez acaso habían brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Así pues el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel : — Derecho tengo sobre tí casi de vida y muerte ; mira cómo me sirves. — En seguida, dejando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió á la paciente jóven con la mano izquierda una porción de cabello, y tirando suavemente de él hácia atrás, la obligó á levantar el rostro, demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente á sí misma : — ¿ Pero es en efecto esta mujer tan hermosa ? — No, se contestó mudamente, y ahora lo parecerá menos todavía : — y sin perder tiempo empuñó las tijeras y quedó despojada de su natural adorno aquella hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósele, cerró el candado, y entonces volvió á mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus labios que traducida en palabras significaba : bien estás así. El collar tenia la marca ó las iniciales de la señora.

Froya vino un momento despues. Al ver á Floriana hizo un gesto de desagrado como si sintiera haber llegado tarde, y manó recoger los cabellos cortados, dando por razon que podían servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase á la basílica : Froya enojado se nego con dureza. — Anda, le contestó, sola con tus esclavas, anda á lucir por las calles la nueva adquisición que has hecho. Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso á salir, y mandó á Floriana que la llevase la piel sobre que había de arrodillarse en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya había una porción de gente agolpada, pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche ante-

rior, todos querían conocer á la romana que había osado aspirar á princesa. Su modesto porte reunió todas las opiniones de los que la miraban en estas dos exclamaciones : ¡ cuán desgraciada ! ¡ cuán hermosa ! Froya, asomado en un balcon, siguió con la vista á la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo : su padre la noche antes le había mandado salir á sosegar los vascones que principiaban á alborotarse.

V.

Jamás había mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenia en su poder á Floriana : la señora competía con la sierva, y se valia del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

— Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana, le dijo un dia su hermano.

— Verdad es, le respondió Teodosinda. Yo creí que me serviría de mala gana, pero he visto que no. Nacida para la servidumbre, se ha conformado con su suerte.

— Quizá es que tiene un espíritu demasiado elevado para hacer caso de pequeñeces. Cuando tú gozas extraordinariamente obligándola á esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en sus adentros y se dice á sí misma : — Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa para hacerle ver que valgo mas que ella.

— ¡ Si tal supiera ! ¡ Yo envidiosa ! Pero ¿ cómo es que has variado tanto de opinion respecto de los españoles, á quienes tanto despreciabas antes ?

— Los desprecio aun lo mismo.

— ¿ Y á las españolas ?

— También.

— ¿ A todas sin excepcion ?

— ¿ Te figuras que me ha enamorado Floriana ?

— Locamente.

— Cuidado cómo me la tratas entonces.

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba grangeando.

Mientras tanto pasaban dias y dias, y el rey guardaba un absoluto silencio respecto del príncipe. Si Teodosinda le había perdonado, había sido con la esperanza de que el rey haría que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el rey, y no había cartas del príncipe.

Froya y su hermana comenzaron á dar oídos á ciertos próceres descontentos que atizaban en secreto la rebelion de los vascones. Decidieronse, en fin, á hacer causa comun con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligacion la noche misma en que fué jurada. Al siguiente dia se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que, habiendo pasado ya bastante tiempo para que el príncipe conociera su yerro, le había escrito que se preparase para dar la mano á su antigua desposada, si esta se dignaba admitirla : á Froya le mandó restituirse á su gobierno ; con esto se quedó la conspiración deshecha en un punto. Froya, separado de sus cómplices, no podia entenderse con ellos : Teodosinda, esperanzada de ser esposa del príncipe, no había de conspirar contra el rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la division era segura, y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió á su hermana, llamándola burlonamente *su futura reina*, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el duque una joya de gran valia, la posesion de la hija del valle.

Negóse Teodosinda á desposeerse de la sierva ; pero el gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque solo siendo amo de Floriana consentia en cesar de oponerse á la exaltacion de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda á las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el mas cruel y repugnante de cuantos le había prestado : Teodosinda mandó escribir á Floriana una carta para el príncipe, en la cual, segun las instrucciones del rey, le permitía aspirar de nuevo á su cariño : la turbada amanutense tuvo que trazar entre otras estas durísimas expresiones : — « Creo que habrás olvidado completamente á la villana que fué tu esposa : de ella puedo asegurarte que ya no se acuerda de tí. » La letra de estas lineas estaba desfigurada y temblona : por fortuna la ilustre Teodosinda no podia conocer sino los borrones. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor, pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en direccion de Segobriga el duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles : venia la noche y el duque trataba de continuar su camino. Hallábase en una vega regada por un bullicioso rio, cuyas márgenes poblaban ansares silvestres : iban los viajeros á entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados de espeso ramaje, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se extienden por espacio de una milla en forma de hoz ó de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada, y Froya había observado que les habían seguido mañana y tarde unos hombres á caballo que parecían á lo lejos en lo llano, y desaparecían entre las fragosidades. El sitio era peligroso y la hora mala : por eso el cauto Froya se previno antes de penetrar en el desfiladero : mandó abrir á sus esclavos

una arca; púsose una ligera armadura de aros y un casco romano antiguo de finísimo templo que presentó sonriéndose á Floriana para que le reconociese: la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva. Aprestado el duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guía con los caballos del diestro: detrás, á cierta distancia, habian de caminar dos soldados: Floriana en el centro y él á su lado para acudir donde hubiese peligro: todos á pié, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el cho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el manejar bien una caballería. Las precauciones que el duque tomaba hubieron de asustar un poco á Floriana, duque tomaba cuidadosamente á la cumbre de la mano izquierda y mirando cuidadosamente á la cumbre de la mano izquierda, dió de pronto un grito que puso en cuidado á los cinco viajeros: le había parecido ver un hombre en lo mas alto de las peñas.

Tranquilizose Froya al momento reparando que realmente en la cima del cerro por aquel lado descollaba una peña alta, estrecha y redonda (1), que de improviso y en aquella hora podia sin duda parecer una persona á los ojos de un medroso; Floriana, sin embargo, creyó que habia visto ondear una capa, infiriendo de aquí que detrás del peñasco estaria el hombre. Sin mas detención se internaron en la hondonada: ya allí la oscuridad era mayor por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrian á trechos. Pisaba Floriana con cuidado, pero tropezaba con frecuencia en los guijarros con que estaba la senda obstruida, de modo que, por la lentitud de su marcha, los soldados que habian de guardarles la espalda los alcanzaban á cada instante y tenian que detenerse. Froya, ageno ya de temor porque habian caminado sin novedad la parte acaso mas peligrosa del estrecho, mandó á los soldados que siguiesen adelante y se reuniesen con los esclavos: queria coger del brazo á Floriana, y no gustaba que nadie lo viese.

— Asete aquí, le dijo Froya con cierta aspereza fingida, si no no saldremos de la Hoz en toda la noche.

— ¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡una esclava!

— La esclava cuyos cabellos ornan mi capacete, bien puede rozarse con mi persona.

Floriana, modesta y confusa, tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al paraje mas desahogado del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca perpendicularmente cortada: en ella, á la altura de cinco ó seis estados, se veía un nicho natural casi lleno de guijas tiradas allí por los caminantes: al pié un monton de cantos, que dirigidos al nicho no habian entrado en él, ó habian rodado cuando entraban otros.

— ¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero? preguntó afablemente Froya á Floriana señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje á Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria; parecióle que se hallaba en el valle del Paraiso, libre y feliz, travesando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brio, y desapareció en el fondo del nicho.

— ¡Bien, dijo entusiasmado Froya, no tienes mala suerte! ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

— Lo ignoro completamente, señor.

— Hay un pronóstico, ó por mejor decir, hay dos pronósticos en este país acerca de ese nicho. El viajero que mete en él una piedra, está seguro de volver á pasar por aquí.

— Es decir que por lo menos saldré de este paso con vida. Ese es el primer agujero, ¿y el segundo?

— La jóven que introduzca allí una piedra se ha de casar antes de un año.

— No se verificará ese agujero en mí: yo no puedo ser casada.

— ¿Porqué?

— He sido divorciada porque mi matrimonio era nulo: he confesado que le contraí nulo á sabiendas, justo es que pague la pena de mi culpa: para mí no hay casamiento posible.

— No es justo eso, porque no es verdad: Recesvinto es el verdadero culpable, porque él sabia que no podia ser tu esposo, y te ocultó el obstáculo. Todo me lo ha contado el sacerdote que os desposó, que es por quien yo tuve noticia de tí antes que fueses á Toledo. Tú puedes en conciencia casarte; Recesvinto no.

— El rey falló ya en virtud de mi declaracion.

— Tú puedes y debes declarar otra cosa: Flavio debia haber sido menos precipitado y haber apurado la verdad del hecho. Pero aun no es tarde para reparar una injusticia. Flavio poco puede vivir, y aunque viviese mucho tiempo, aunque subsistiera el fallo injusto que tú has provocado locamente, Recesvinto se halla en una provincia inquieta... y puede morir.

— ¡Oh! ¡no lo permita Dios!

— ¿Le amas todavía? Después de su indigno porte contigo, ¿pudieras conservarle inclinacion alguna? ¿Consentir que pasaras á ser esclava de tu rival, no hácer nada por tí, no vértte ni hablarte, y por último admitir, pretender quizá la mano de mi hermana! ¿Merecen mas que odio y desprecio tan inicua traición, tan horrible abandono?

— Yo no puedo creer que el príncipe sea tan inhumano.

— ¿Qué motivos tienes para dudarle? Quien principié engañándote, ¿porqué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiera amado, si tuviera corazon de hombre, ¿te hallarias tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava (añadió con un entusiasmo que amedrentaba), el duque de Froya, enemigo despreciador constante de tu raza, el duque de Froya, que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el duque de Froya, tu amor, que jamás ha mentido, y que jamás ha renunciado á un proyecto, te declara que te ama, y te pide tu amor.

— ¡Ah, señor, señor, qué dices! Yo no puedo amarte. Soy esclava, pero me he criado libre, y sé lo que manda la fe en que me he criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crimen.

— Si hay crimen aquí, mio es tan solo y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mia.

— Jamás.

— ¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? Eh, comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados á tus piés mil amantes, ninguno debiera darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger á mi gusto una compañera, y á todas las he desairado; un talento y una virtud comunes no son para mí: yo quiero mas. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente y superar sin embargo tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar, sin embargo, elevada sobre tu clase, y obligar á que te respetaran tus compañeros, tu señora, y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales como yo lo conozco: no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo como mereces.

— ¡Oh, señor, cuánto te debo! ¡qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creía feroz, insensible: ¡oh! perdon de la ofensa que hasta ahora te hacia. Desde que llevo el yugo de la servidumbre, no he tenido mas momento de consuelo que este. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca á mis mismos ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con mi gratitud entrañable, cuenta con el respeto mas leal y mas puro, con la adhesión mas decidida: no puedo concederte mas sin que me desprecies tú propio.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La moda sobre las armas. — Caprichos de la elegancia. — Las novedades en los vestidos de seda. — La dulleta antigua. — La esclavina Luis XV. — Confecciones mas sencillas dedicadas al invierno. — Sombreros á la orden del día. — Primeros adornos de flores artificiales. — Motivos de desconfianza que deben inspirar ciertos figurines de modas. — La moda de Paris y la moda de exportacion. — Advertencia á las lectoras de ultramar. — Descripción del figurin de este número.

Acabo de regresar del valle de Chamouyx, y apenas tengo el tiempo justo para pasar revista á la moda. Mientras yo recorria los montes escarpados y floridos de la cordillera de los Alpes, la moda preparaba las novedades mas caprichosas. El capricho reina siempre como soberano. Por mas que digan contra las exageraciones de la crinolina y de los vestidos actuales, lo cierto es que el traje femenino conserva sus condiciones de elegancia. Por supuesto que no defiendo aquí las extravagancias de ciertas mujeres que se llaman las reinas de la moda, y á quienes llamo yo reinas del mal gusto.

Las actualidades de otoño y de invierno son muchas; principiemos por enumerarlas, advirtiendo á nuestras lectoras que estamos en la casa Delisle. Se trata de las telas de seda:

— Un vestido Magicienne. Aquí necesaria y no una pluma, sino un pincel; tal es el esplendor artístico de esta tela, que representa anchas columnas fondo blanco descansando en un fondo azul de China. Estos dos tejidos son un gro de Tours. Sobre el fondo azul serpentea una guirnalda de hojas de terciopelo rizado y liso, color sobre color. En el interior de la columna sobre el fondo blanco se ve un ramillete de terciopelo miniatura Pompadour. Las columnas están separadas por una galería de terciopelo epinglé blanco-ornada de hojas miniatura verde y blanco.

— Un vestido Archiduquesa de terciopelo color de castaña fondo liso sobre el cual se destacan dibujos menudos acanalados blancos.

— Un vestido Pompadour Moldavo sobre fondo de raso tambien de color de castaña con ramilletes Pompadour en relieve.

— Un vestido Sacountala fondo lila Emperatriz con dos grandes volantes formando doble falda, enriquecidos con motivos artísticos, de bordado blanco y lila, representando las fuentes de Apolo en Versalles.

— Un vestido Sultana de terciopelo otoman negro ilustrado con rayados azules y dibujos menudos.

La fabricacion de estos preciosos vestidos es perfecta.

Ah, ra paso á las confecciones:

Voy á decir una cosa increíble, y es que se pone á la moda la dulleta de nuestras abuelas. Ni mas ni menos, todo lo que es antiguo sienta maravillosamente á las jóvenes del día. La que tenga un bonito talle puede adoptar la dulleta, si no debe abstenerse; una mujer robusta no podria llevarla sin ponerse

ridicula. La dulleta es de raso; ninguna otra tela es mas propia para esto.

Después de la dulleta viene la esclavina, que tampoco carece de elegancia; pero la esclavina como la llevaban en la corte de Luis XV y de Maria Antonieta. Citaré una en forma de casaca sin ajustar y flotante con un bonito forro de tafetan escocés. Va adornada con un fichu de encaje formando un gran cuello anudado por delante.

En cuanto á prendas mas sencillas la moda ha dispuesto unas capas con anchas mangas flotantes. Sobre los vestidos de terciopelo se reemplazará la capucha con un fichu de encaje, de guipure ó de pasamanería al crochet.

Tambien tenemos la rotonda á volantes, sea de paño ó de terciopelo. Las rotondas serán confortables y cómodas para traje de calle ó de paseo.

Para visita se llevarán siempre la preferencia las manteletas de terciopelo guarnecidas de encaje. Voy á describir un modelo de los mas bonitos: va adornado con un ancho entredos de guipure cosido llano sobre el terciopelo y formando una greca. Una capucha de guipure completa este modelo y le da el aire mas gracioso.

Nada positivo se sabe aun acerca del corte de los vestidos. Creo que se llevarán cinturones con hebillas en vez de faldeas, y que las mangas tendrán rizados de volantes menudos cerrados en el puño. Veremos mas tarde.

Entre tanto voy á fotografiar algunos sombreros que copiaré en casa de Alejandrina, una de las casas mas famosas.

— Un sombrero parisiense de terciopelo mezclilla negro y grosella de los Alpes. El ala lleva gruesos pliegues de terciopelo grosella con bavolet de terciopelo grosella. Fondo de terciopelo negro con una ancha cinta al través cubierta de rico encaje negro. Al borde del ala y del bavolet blonda blanca. Por dentro bandó de cocas de terciopelo grosella y negro.

— Un sombrero Emperatriz de terciopelo blanco epinglé y terciopelo cereza. El fondo de terciopelo cereza está plegado al rizo y orlado de blonda. A un lado lleva una pluma blanca sostenida por un pájaro, y dejando flotar dos barbas de blonda que adornan el bavolet. El borde del ala es de terciopelo cereza. Por dentro bandó de terciopelo cereza. Cintas blancas.

— Un sombrero de terciopelo epinglé blanco, blonda blanca y un ramito de flores por un solo lado.

— Una capota de medio vestir con ala verde Azoff y fondo de terciopelo negro. En el ala un lazo largo de cinta verde sosteniendo una guirnalda de cocas de cinta. En el interior bandó de cocas de cinta verde. Cintas verdes.

— Una capota de tafetan blanco con casco de nuevo estilo formando como un rodete y dejando á cada lado muchas cocas de cinta blanca. En el interior bandó de cocas de cinta azul. Cintas blancas.

— Un sombrero de terciopelo epinglé blanco y terciopelo verde esmeralda con el casco y el ala adornados de blonda nieve y al lado un penacho de plumas blancas. En el interior una pluma blanca.

— Un sombrero de terciopelo blanco con ramilletes de cuatro plumas separadas por un lazo de cintas. Blonda guipure al borde del ala y del bavolet. En el interior cocas de terciopelo negro describiendo un bandó Emperatriz.

Hé aquí ahora algunos tocados dedicados á la estacion de invierno y por consiguiente á los primeros bailes.

— Un tocado Emperatriz formado con un lazo de rosas y de no me olvidés, sosteniendo á cada lado dos hileras de perlas blancas.

— Una doble corona reproducida con una trenza de terciopelo color de cereza y una guirnalda de follaje verde con venas de oro y púrpura y frutos de oro entre el follaje.

— Una corona Dafné describiendo una media luna de florecillas azules de las praderas, con flores de laurel rosa y palmas de verdura á cada lado.

— Un ruló Cleopatra de follaje verde malaquita polvoreado de diamantes, con una rosa por un lado y por el otro un ramito de capullos de rosa entreabiertos.

— Otro ruló del mismo estilo con diadema de perlas blancas orlando el ruló de verdura; en lugar de la rosa lleva un lazo de verdura y de perlas blancas.

— Un tocado Hebé todo de rosas de Bengala sin follaje. Sobre la cabeza una rosa muy gruesa á la Emperatriz, y á cada lado dos cordones de botones de rosas sosteniendo un grueso ramo de rosas con ramitas de capullos flotantes.

— Un tocado Psiquis de anchas hojas de rosas polvoreadas de diamantes (estilo niña).

— Una corona Febo alumbrada por un rayo de luna describiendo un ruló de follaje verde claro, con moras de oro y perlas verdes doradas. Diadema de perlas blancas rodeando el bandó de follaje.

— Un tocado Duquesa representando por un lado un ramo de follaje natural que cae sobre el hombro, y por el otro dos hermosas flores de plumas blancas.

— Un tocado Cometa representando por un lado una flor de fantasia blanco aterciopelado, dejando flotar una cabellera de oro y por el otro con un medio turbante de follaje azul estrellado de oro.

— Un tocado Jardinera con mezcla de flores de estío y palmas de verdura.

Mientras sé cuál es la hechura de los trajes de calle y de los de baile, voy á describir el figurin de este número, que representa trajes de buen gusto, lo que no ofrecen siempre los figurines de modas. ¡Cuántas señoras de la provincia y del extranjero no llegan á Paris ridículamente vestidas! Y de esto tiene la culpa el periódico de modas que publica figurines absurdos. Hay otro engaño contra el cual quiero advertir á mis lectoras: la mayor parte de las casas industriales de Paris tienen dos clases de modas muy distintas, la moda de Paris y la moda de exportacion. La primera es sencilla y elegante y se renueva para las parisienses y las francesas; la otra es extravagante y ridicula y se manda mas allá de los mares, suponiéndose que las señoras extranjeras no quieren otra cosa, y que adoran el color encarnado, los penachos y las formas extrañas. Esto no lo creo yo: la señora de buen gusto

(1) Saliendo de Tarancon se descubre aun al entrar en la Hoz de Paredes una peña como aquí se describe.

prefiere lo sencillo y lo bello, que habite en Paris, en el Brasil ó en Calcuta. Ya están pues advertidas mis lectoras contra lo que se llama aquí la moda de exportacion.

El primer traje que se ve en nuestro figurin se compone de un vestido de tafetan fondo gris moda con rayados verdes y una doble falda adornada de piezas de encaje negro y de borlas de seda verde. Corpiño liso con cinco puntas, y en cada punta una borla. Mangas anchas y cuadradas, abiertas bajo el brazo con un pequeño afollado cubierto de cuadritos de encaje con borlas. Todas las rayas del vestido van orladas con encaje negro cosido llano. Cuello de encaje, bajo el cual pasa una cinta verde. Tocado de encaje negro sostenido con alfileres de oro; mangas interiores de tul blanco.

Segundo traje. Vestido de tafetan negro con siete volantes y á cada lado de la falda lazos de terciopelo negro. Mangas con cuatro volantes cruzadas bajo el brazo y adornadas con lazos de terciopelo. Corpiño subido liso, de punta, con lazos de terciopelo por delante. Cuello de muselina bordada. Mangas interiores de muselina con afollados fruncidos y entredos bordado. Lazo de cinta en cada muñeca. Sombrero de crespón blanco.

V. DE RENNEVILLE.

EL DIA DE DIFUNTOS LA FOSA DE LOS POBRES.

Hay un dia en el año de triste conmemoracion que se renueva el sentimiento de la pérdida de aquellas personas que nos fueron queridas, en que se desea llevar una flor, una lágrima, una oracion sobre el sepulcro del pariente, el amigo, el esposo, el hermano que nos precedieron en la muerte.

Y sin embargo, las dos terceras partes de esta inmensa poblacion de Paris que se lisonjea de marchar al frente del progreso y la civilizacion, se hallan privadas de esta satisfaccion piadosa y melancólica. Otros dirán su vida casi siempre miserable; nosotros queremos consignar hoy aquí que su triste condicion la deja excluida de ese consuelo en este dia memorable. Sí, de tres habitantes de Paris, dos de ellos no tienen otra sepultura, otros manes que una inmundicia zanja, y el mas horrible comunismo reina entre los restos confundidos, anónimos de tantas personas.

Todo el que ha visitado alguno de los tres cementerios de Paris ha debido detenerse sobrecogido de tristeza y de espanto al borde de un golfo inmenso abierto siempre, de una zanja de 80 metros de larga sobre 4 de anchura que la muerte quiere colmar incesantemente. ¡Es la fosa de los pobres! Allí los féretros de los infelices que mueren sin recursos son amontonados unos sobre otros, sin una pulgada de tierra entre uno y otro, sin mas separacion que algunas tablas mal unidas. Allí el anciano, el niño, el licenciado, la virgen son acumulados en confusion, y ¡cosa horrible! cuando las delgadas tablas de esta fosa se entrecruzan bajo la doble accion de la humedad

y de los gases mefíticos que las rechazan, ¡las carnes se mezclan y los huesos se confunden! Allí en fin, es preciso dar un eterno adios á la persona amada. Cuando la capa de cadáveres ha llenado todo el largo de la fosa, la tierra, cubriéndola toda, deja indeterminado el lugar en que hemos visto desaparecer el féretro, y solo por aproximacion, una mano amiga emprende la obra de plantar una cruz de madera, sobre la última morada de aquellos que devoró ese espantoso sarcófago.

Así estamos al cabo de quince siglos de civilizacion

Paris cuya poblacion inteligente y activa produce tanto y trabaja tan bien; Paris, en fin, por una excepcion incomprendible se halla excluido en sus habitantes del derecho de sepultura, del derecho á las oraciones de la Iglesia, del que disfrutaban todos los habitantes ricos ó pobres aun de las mas pequeñas aldeas de la Francia. Pues conviene decir que los enterrados en la zanja comun no tienen ninguna asistencia religiosa.

El uso bárbaro de dar una sepultura comun á todos los pobres es á la vez contrario á la sanidad pública, lo que no necesita demostracion, al sentimiento religioso, á las nociones mas vulgares de fraternidad humana; pero ¿qué se dirá al saber que ese régimen ni siquiera es legal, y que no solo no le autoriza ninguna ley, sino que hay un decreto formal (el del 23 prarial año XII), que le prohíbe categóricamente?

Este decreto, dictado por Napoleon primer cónsul, exige que cada inhumacion tenga lugar en una fosa separada; determina y fija por decímetros las distancias que deben separar los féretros; marca la dimension de los hoyos, que han de tener de 1 metro 20 á 2 metros de profundidad, y despues de los funerales deben llenarse de tierra; dice, en fin, que antes del término de cinco años no debe tocarse al suelo en los lugares de reposo, y por consiguiente exige que los cementerios tengan cuando menos cinco veces la extension necesaria para las inhumaciones de un año.

Este decreto no ha sido ni puede ser abrogado; de modo que la ley, no menos que la moral, la religion y la higiene pública están violadas de todas maneras; por las exequias en comun, por el contacto de los féretros, por la exfodiacion y la dispersion de los restos antes del término prescrito. ¡Triple escándalo!

De modo pues que el mundo no es bastante grande para dar, para prestar á los habitantes de Paris algunos años de descanso en una sepultura conveniente. Con poco terreno le basta al hombre. ¿Acaso el imperio de la muerte habrá tenido su Malthus como la vida terrestre,

las profundidades del suelo que pisamos estarán amenazadas de la aglomeracion excesiva que aquí nos espanta? Únicamente la excusa de faltar terreno adecuado para las sepulturas podria justificar ó atenuar esa violacion de la ley escrita y de la ley natural; pero ni este paliativo puede invocarse. En 1850 la villa de Paris consagró una suma de 400,000 francos para el ensanche de los tres cementerios cuyas superficies actuales bastan para que pueda ejecutarse el texto de la ley que asegura á cada individuo una fosa particular durante cinco años.

Pero concluyamos aquí, manifestando el deseo de que la fosa de los pobres se cierre y se purifique para siempre.



EL DIA DE DIFUNTOS. — LA FOSA DE LOS POBRES.

y de progreso. El pobre en Paris carece de sepulcro particular.

¿Y á esto se puede decir que los afectos y los sentimientos son menos vivos en las clases populares que en las clases altas? No seguramente. No hay mas que preguntar á los vendedores de emblemas fúnebres, quienes dirán que las humildes coronas se venden en mas crecido número que las guirnaldas elegantes.

En el año 1850 se enterraron en Paris en los tres cementerios del Este, del Norte y del Sur, 22,306 personas, y de ellas 15,792 entraron en la fosa de los pobres.

Paris, que encierra la 33ª parte de la poblacion total del territorio; Paris que paga la 14ª parte del impuesto;